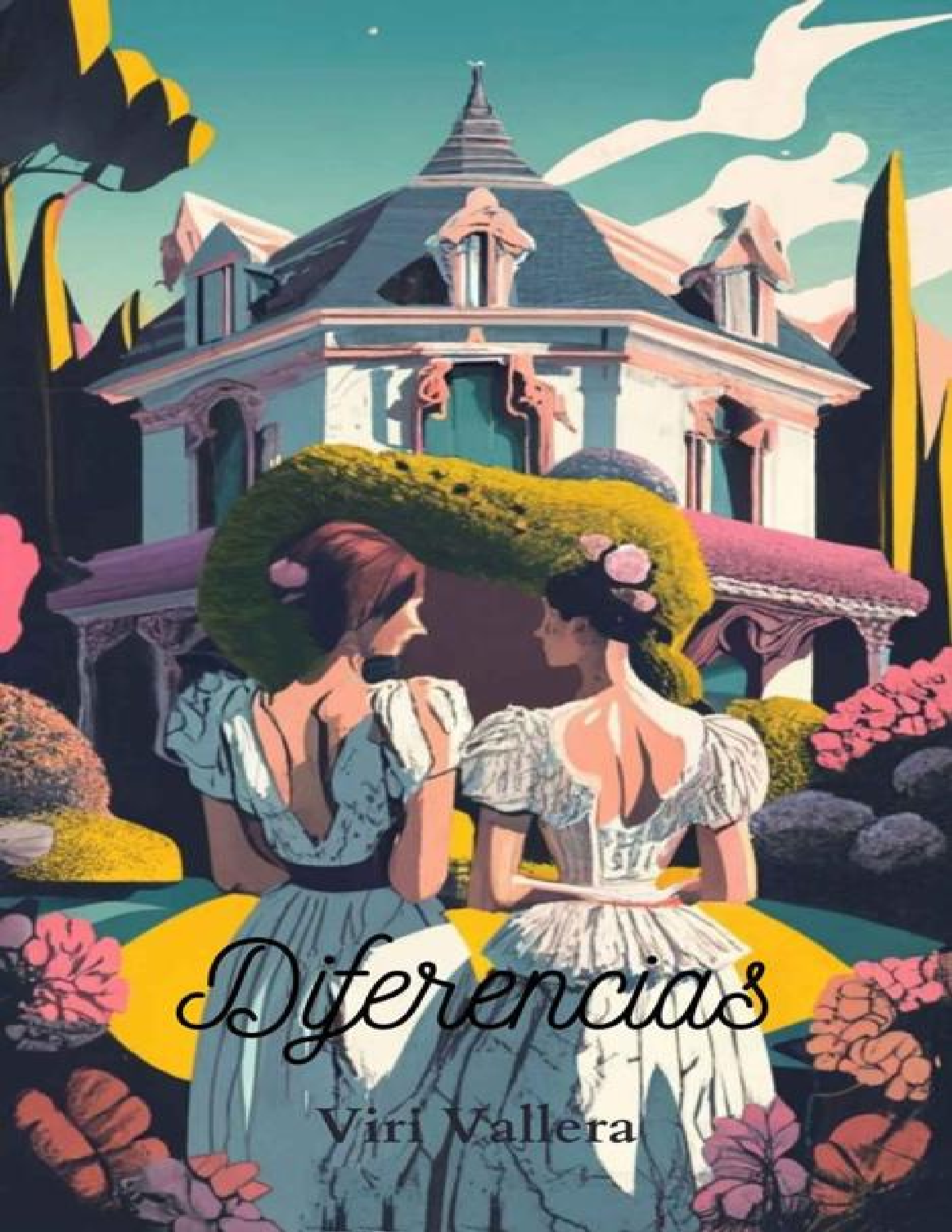




Diferencias

Viri Vallera

Diferencias

Viri Vallera

Derechos de autor © 2024 Viri Vallera

Todos los derechos reservados

Los personajes y eventos que se presentan en este libro son ficticios. Cualquier similitud con personas reales, vivas o muertas, es una coincidencia y no algo intencionado por parte del autor.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida ni almacenada en un sistema de recuperación, ni transmitida de cualquier forma o por cualquier medio, electrónico, o de fotocopia, grabación o de cualquier otro modo, sin el permiso expreso del editor.

Contenido

<u>Página del título</u>
<u>Derechos de autor</u>
<u>Capítulo 1</u>
<u>Capítulo 2</u>
<u>Capítulo 3</u>
<u>Capítulo 4</u>
<u>Capítulo 5</u>
<u>Capítulo 6</u>
<u>Capítulo 7</u>
<u>Capítulo 8</u>
<u>Capítulo 9</u>
<u>Capítulo 10</u>
<u>Capítulo 11</u>
<u>Capítulo 12</u>
<u>Capítulo 13</u>
<u>Capítulo 14</u>
<u>Capítulo 15</u>
<u>Capítulo 16</u>
<u>Capítulo 17</u>
<u>Capítulo 18</u>
<u>Capítulo 19</u>

Como si fuera poco su desgracia, se enamoró.
Oscar Wilde

Capítulo 1

Margarita

La señorita de la casa llamó a la cocina por la mañana como siempre, solo que esta vez no se hallaba ninguno de los empleados que solía haber antes de ayer en la noche.

En la casa, la señorita había contado con una cocinera, dos doncellas, una ama de llaves, un chófer y yo, la que se dedicaba a hacer todos los trabajos sucios de la casa, como limpiar, sacudir, lavar la ropa, atender el jardín y todas aquellas cosas que fueran saliendo en aquella enorme vivienda, en la cual yo vivía en un pequeño cuarto desde hacía trece años.

Pero no quiero hablar ahora de cómo es que fui a parar allí, continuemos en lo que estaba.

En la casa no quedaba ninguno de ellos, se habían marchado la noche anterior ante el descubrimiento de que, a la señorita de la casa, tenía gusto por las mujeres y que las fiestas que realizaba, eran exclusivamente para féminas, las cuales, algunas de ellas venían vestidas de hombre y especialmente esas, traían del brazo a alguna compañera, que se besaban con ellas y bailaban como hombre y mujer.

Se encerraban en el salón, en el cual a lo lejos se podía escuchar la música y sus risas. Se notaba que la pasaban bien y que más de uno de los que trabajaba a ahí, sentía curiosidad de saber qué pasaba entre esas paredes. Así que esa noche, las doncellas tuvieron la excusa perfecta para entrar sin ser llamadas por su patrona.

A mí no me sorprendió lo que impresionó y escandalizó a todos ellos. Cuando se es una rata y has nacido en los barrios bajos y pobres, logras escuchar y ver de todo. Solo que allí, la gente no se escandalizaba tanto, lo veía y lo escuchaba como algo natural, llamando a esas personas con apodos un tanto graciosos o despectivos a veces.

Ahora entendía que para algunas personas el mundo era muy pequeño y que solo podía existir una sola cosa en la que ellos únicamente creían. Tal como lo que pasó en la casa anoche.

Yo la llamaba señorita, porque no se puede decirle señora a la mujer que no ha estado con un hombre y ella, ciertamente no había estado con ninguno. Dudaba que entre mujeres pudieran hacerse daño.

Como fui la única que me quedé allí, sentí que era mi deber acudir a su llamado. Aunque sabía que no me estaba permitido entrar a las habitaciones cuando los dueños estaban en ellas. Yo debía ser un fantasma en la casa, alguien invisible por mi aspecto desaliñado y mugriento, además de que no era una doncella, simplemente era una criada en el escalón más bajo de la cadena.

Pero a mí no es que me gustara verme de esa forma, regularmente me bañaba y lavaba mis harapos, solo que el trabajo diario me hacía ensuciarme rápido, sudar y llenarme de cada uno de los olores de lo que realizaba. Por tal razón, el que me vieran sería algo de mal gusto y por eso debía moverme por pasadizos escondidos dentro de la casa, por los cuales yo, a menudo, había mirado las fiestas de la señorita en secreto. Eran una buena distracción para mí y no me suponía nada escandaloso, se lo pasaban bien, bailando, bebiendo y teniendo relaciones sexuales allí mismo o en las habitaciones de arriba.

Como aún era temprano y no iniciaba con nada de mis deberes de limpieza, me atreví a subir las escaleras que daban a la habitación de la señorita. Me alegré de subir las escaleras por primera vez en una mañana en la que la luz del día se colaba por las enormes ventanas de cristal y me dejaba ver el paisaje exterior. Siempre que subía las escaleras era de noche y era para

limpiarlas. Debía dejar la madera tan brillante como el sol. Por eso mis manos raspaban como el papel de lija.

Una vez llegar a la habitación, toqué a la puerta.

—Pasen.

Como supuse, la señorita creyó que eran sus dos doncellas. Aun así, como dio su permiso, me atreví a entrar.

Se encontraba de espaldas a mí y continuaba en su camisón de dormir.

— ¿Qué están esperando?

La señorita, estaba a la espera de que las doncellas fueran por su ropa y le ayudaran a vestirse, pero como yo no era nada, ni tenía el permiso de ella para realizar aquella tarea, debía de anunciarme primero.

Estaba a punto de hablar, cuando ella se giró llena de impaciencia y me miró. Sus ojos verdes me miraron de arriba abajo. Pude notar que parecía no saber quién era yo, aunque me lo imaginaba.

Algunos años atrás, cuando éramos más chicas, ella y yo solíamos jugar, pero una vez que comenzó a crecer y a darse cuenta de la gran diferencia de estatus social, se alejó de mí. Ella se fue con los suyos y yo, a dedicarme a los deberes de cada día sin descanso.

— ¿Qué haces aquí? ¿Quién eres tú? — me preguntó.

—Soy la que hace la limpieza de la casa.

— ¿Y qué haces aquí? ¿No sabes que no debes estar en las habitaciones de los señores de la casa cuando ellos estén en sus aposentos?

—Lo sé. Pero...

—Habla rápido.

—Las doncellas no están, se han marchado anoche, junto con la cocinera, el ama de llaves y el chófer.

— ¿Por qué?

—Por lo que vieron. Reprueban lo que usted hace y dicen que no quieren ir al infierno con usted — le dije sin mirarla a los ojos.

Como una empleada del eslabón más bajo, no podía ver a mis señores a la cara, mucho menos a los ojos. Así que, me dirigía a ella con la cabeza gacha.

— ¿Infierno? ¡Estúpidos! El infierno está aquí mismo, al igual que la gloria se puede tocar con la punta de los dedos cuando se está con una mujer.

Si algo me gustaba de la señorita, es que no le importaba lo que dijeran o pensarán los demás, pero, aun así, no dejaba de lado su orgullo y su presunción de dama de clase alta. Los pobres eran pobres y ella era rica y lo sería hasta la muerte.

— ¿Y tú? ¿Por qué te quedaste? — inquirió curiosa y desconfiada.

—Me compró su familia, señorita y tampoco tengo a dónde ir.

—Ya veo y... ¿Qué haces en esta casa?

—Todo lo referente a limpieza, jardinería, lavar ropa y todas esas cosas.

— ¿Sabes cocinar?

—Un poco.

La verdad es que, a pesar de mis días largos de trabajo, había aprendido a guisar solo mirando, pocas veces había tenido la oportunidad de cocinar algo en la cocina.

— ¡Qué fastidio! — se lamentó llevando su mano a la frente —. ¿Por qué la gente tiene que ser tan bruta? ¿Qué sigues haciendo aquí? — increpó —. Sal de aquí y ve a prepararme el desayuno.

—Sí, señorita.

Y salí de la habitación como un rayo, si deseaba continuar viviendo en esa casa, debía tener contenta a la señorita. Por otro lado, al ser de su propiedad, ella podía disponer de mí como le diera la gana.

Pocos minutos después, la señorita ya se encontraba en la mesa del comedor. No sabía cómo poner una mesa, pero más o menos había visto cómo se veía, así que intenté hacerlo lo mejor posible bajo la intensa mirada de ella.

—Se nota que eres de la limpieza — espetó arrebatándome los cubiertos y colocándolos de la manera correcta.

—Lo siento.

—Ve por mi desayuno. Muero de hambre.

Volví a la cocina y regresé de nuevo al comedor para servirle el desayuno. Mientras lo ponía en su plato, ella lo inspeccionaba.

— ¿Te lavaste las manos? — me preguntó.

—Por supuesto que sí, señorita. Solo que mis manos están manchadas.

Se puso de pie, me tomó del brazo y me llevó a la cocina, en donde se apostó junto conmigo en el fregadero, para hacer que me lavara las manos delante de su presencia.

—Lávatelas. Si de tus manos sale agua sucia, te echaré de esta casa ¿Entiendes?

—Sí, señorita.

Con toda confianza me lavé las manos y de ella no salió ni pizca de mugre. Mis manos podrían estar manchadas, pero consideraba que eran las más limpias de todas. Porque, para empezar, ella se había sentado a la mesa sin siquiera lavárselas.

—Más te vale — dijo saliendo de la cocina para volver al comedor.

Una vez que terminé de servirle, la dejé sola para comenzar a llevar a cabo mis actividades, hasta el momento no había recibido ninguna orden de la señorita, así que me imaginaba que ya buscaría a las nuevas personas que ocuparan las plazas perdidas de la casa.

Lo que creía sería una rutina normal para mí, se convirtió en una llena de llamadas de la señorita, que para todo pedía ayuda. Por suerte, yo estaba acostumbrada a solo recibir órdenes y nunca a responder nada.

Ese primer día descubrí que la señorita era insoportable y que aquel rostro amigable y sonriente que mostraba, era solo para las personas de su misma clase social. La cosa es que me había hecho una imagen equivocada de ella, pero, aun así, ella no dejaba de ser hermosa. Quizás así eran las personas como ella y las como yo, nacíamos solo para servir a aquellas agraciadas y ricas.

—Tú, ven aquí — me llamó por enésima vez.

—Dígame, señorita.

—Necesito que mañana busques una ama de llaves, chófer, cocinera y dos doncellas.

—Sí, señorita.

—Puedes irte.

Si antes trabajaba como un burro, hoy lo había hecho más, al triple y a pesar de que era de noche, aún continuaba trabajando y la señorita llamándome por cualquier estupidez.

—Que se le ofrece, señorita — le dije mientras trataba de verme lo mejor posible a esa hora.

— ¡Dios! ¡Qué aspecto! — dijo cubriéndose la nariz con dos dedos —. Y qué olor ¿Dónde te has metido?

En todos lados, pensé.

—Parece que vienes de revolcarte con los cerdos.

—Estaba limpiando las canaletas de la casa — le dije —. He escuchado que va a llover mucho los próximos días y debía quitar la basura. De no hacerlo el agua se estancará y se meterá a la casa.

— ¿También haces eso?

—Sí, señorita.

— ¡Qué salvaje! ¿El agua está caliente ya?

—Sí, ya está caliente.

—Me daré un baño y de ahí me iré a la cama.

—Buenas noches, señorita.

Como lo esperaba, ella no me respondió, solo se marchó y me dejó allí como tonta. Dejé escapar un suspiro de exasperación y volví a mis deberes. Esperaba terminar pronto para también lavarme con el agua sobrante e irme a dormir.

La señorita dejó muy poca agua, así que tuve que completarla con una poca fría y como pude, me di un baño superrápido, me vestí, me metí a la cama y me cubrí con las sábanas viejas.

En mi pequeño cuarto siempre había corrientes de aire, ocupaba la parte menos cálida de la casa, así que, en verano, me gustaba porque era fresca, pero en otoño e invierno era fría. Por el momento, estaba bien, nos encontrábamos en tiempo de lluvia, así que solía haber bochorno en el día.

Cerré los ojos, estaba agotada y todo el cuerpo me dolía, la señorita exigía demasiadas atenciones a mi pobre y escasa persona, que hoy tuvo que dividirse en mil. Pero ella se lo podía permitir, era bonita, su piel era tan blanca como la porcelana y sus ojos eran de un color verde agua. Su cabello, era castaño claro y siempre iba perfectamente bien peinado gracias a las doncellas, pero el día de hoy, lo llevó suelto y se veía mucho mejor.

Todos estos atributos los había mirado a escondidas, pues como dije antes, no podía mirarla a la cara y hoy solo la miré de soslayo y cada que me daba la espalda.

Capítulo 2

Elizabeth

La fiesta de anoche, había sido tan divertida como siempre, pero cuando despierto y llamo a las doncellas para que me ayuden a vestirme y resulta que se han ido todas.

Me sorprende cuando me giro y encuentro a una harapienta y flacucha joven mujer de aspecto descuidado que está de pie en mi habitación con la cabeza baja. Me informa que se han ido todos, incluso hasta el feo chofer. La razón se debe a que mis doncellas vinieron al salón donde se estaba llevando la fiesta que realizo cada mes con mis amigas y me miraron besando a una de ellas.

La estúpida dio un grito, que llamó la atención de todos los trabajadores de la casa, que corrieron al salón en donde tenían prohibido acercarse mientras estábamos allí, pero al parecer llegó una carta urgente para mí, la cual debían entregarme de inmediato y cumpliendo con sus deberes, entraron y miraron lo que nunca jamás sus ojos castos hubieran deseado mirar.

Aunque consideraba que se asustaron porque nunca en su vida habían probado los labios de una mujer, ni sabían de los dulces placeres que podíamos otorgarnos entre nosotras mismas sin correr el riesgo de quedar embarazadas. De saberlo, estaba segura de que hubieran rogado por estar en mis fiestas.

Sin embargo, esta mañana, ahora tenía delante de mí la cosa más deplorable que había visto en toda mi vida. Una mujer demasiado simple, con el cabello corto y la cara lavada como si se tratase de un hombre. Me asombró el saber que estaba allí porque la habían comprado como si fuese un mueble más en aquella casa, pero no me extrañó que, con su aspecto, la consideraran como una mercancía.

Me enteré de que ella era la que se encargaba de hacer todos los trabajos pesados y menos gratos de la casa. Al ser la única que quedaba en la casa porque no tenía a dónde ir y era de mi propiedad como todo lo demás que había allí, le ordené que me hiciera el desayuno.

Me fastidió el tener que vestirme sola. Pero esas estúpidas doncellas podían ser remplazadas. Todos eran reemplazables, mientras tuviera dinero y poder, todo estaba en tus manos.

Otra cosa que me molestó de no tener doncellas, fue que nadie pudo peinarme, la mugrosa criada, no tenía pinta de saber peinarse, pues llevaba el cabello a lo chico y eso hacía saber, que no sabía cómo hacerlo ni con ella misma.

Cuando bajé, me alegró ver que la casa estuviera reluciente como siempre, incluso el salón estaba limpio, como si nunca hubiera habido una fiesta allí. Cuando me fui acercando al comedor, llegó hasta a mí, el delicioso olor del desayuno que la criada en cuestión preparó para mí.

En el momento en el que tomé asiento en la mesa, ella comenzó a poner la mesa para mí, pero la pobre era tan ignorante que ni siquiera sabía cómo iban colocados los cubiertos, así que se los arrebaté y los puse yo misma, mientras que a ella la mandaba por mi desayuno. Me moría de hambre, no obstante, cuando vi sus manos de cerca al momento en que me servía, le pregunté:

— ¿Te lavaste las manos?

— Por supuesto que sí, señorita. Solo que mis manos están manchadas — respondió con la cabeza baja como siempre.

Al menos, sabía cuál era su lugar.

Como no le creí, la tomé de uno de los brazos y la arrastré hacia la cocina para comprobar si era cierto o no lo que me había dicho. Cuando sentí su extremidad bajo el tacto de mi mano, me hizo saber que era más delgada de lo que creía, pero a pesar de ello, había fuerza en aquellos músculos.

No mintió, sus manos realmente estaban manchadas. Yo no sé qué haría si algún día tuviera las manos de esa manera tan feas y maltratadas. Además de que se miraba claramente de que estaban rasposas y callosas. No parecían las manos de una mujer y mucho menos las de una dama como yo.

Volví al comedor para comer el desayuno, que, de no haber tenido un hambre feroz, no me lo hubiera comido al ver semejantes manos, pero la razón mayor de que me devorara todo, era porque la mugre criada cocinaba mejor que la cocinera que se había marchado anoche.

Sin mis doncellas que me hicieran compañía, me sentía absolutamente sola. La casa no era más que silencio, dejando que llegaran hasta mí los ruidos de afuera.

Mi vida siempre ha estado rodeada de lujos, de personas de mí mismo estatus social, pero a pesar de todo ello, ni todo el dinero del mundo, ni las oraciones, pudieron evitar que mis padres murieran cuando yo era apenas una adolescente, convirtiéndome en la única heredera de la familia con una gran fortuna, con la cual yo hacía fiestas.

No obstante, tras esas fiestas en la que me encontraba reunida con muchas amigas, me sentía absolutamente sola y ahora, sin esas estúpidas doncellas detrás de mí, me hallaba inquieta, así que, para no experimentar la sensación de estar sola, llamaba a la ignorante sirvienta a cada momento. Además, me hacía gracia que siempre mantuviera la cabeza baja y no protestara nunca sobre lo que la mandaba hacer.

Por la noche, cuando la llamé, la criada llegó con olor a fango, su rostro estaba sucio de lodo y sus harapos tenían peor aspecto que antes. No podía creer que a esa hora continuara haciendo trabajos pesados como el limpiar canaletas.

Después de darme un baño, me acordé de la carta que las doncellas me habían entregado la noche anterior. Aunque dijera que fuera urgente, yo no le había dado interés. A menudo, quienes se encargaban de manejar mis bienes, mandaban cartas con la misma índole, solo para que yo las leyera, pero a mí me daba flojera, así que ponía a las doncellas a que las leyeran por mí.

Como esperaba, la carta no decía nada interesante, al menos no eran malas noticias, continuaba ganando dinero, pero me anunciaban que alguien deseaba conocerme y que estaría en la ciudad al cabo de una semana para visitarme. Esto me fastidió, siempre me molestaban con el mismo cuento, pues consideraban que a mi edad ya debería estar casada y con hijos, cuándo lo menos que quería yo era eso.

Lo que no sabían, es que yo no estaba interesada en casarme, mucho menos en contraer matrimonio y entregarle mi vida, mi juventud y mi fortuna a un hombre. Sabía que las intenciones de mis albaceas, era casarme para que mi marido se hiciera cargo de mi herencia y de mí. Pero nadie tenía porque hacerse cargo de mí, era una mujer adulta y como tal, sabía que era lo que quería en la vida y el matrimonio no estaba en mis planes. Mi deseo era estar al lado de una mujer que complaciera cada uno de mis caprichos y deseos.

A la mañana siguiente, la criada ya tenía la mesa puesta y me gustó el que aprendiera rápido, el cómo se ponía. Como el día anterior, el desayuno estuvo delicioso y lo degusté a solas mientras escuchaba a la criada revolotear por la cocina.

Ese día esperaba que hubiera candidatos para el empleo, pero nadie llamó a la puerta.

— ¿Hiciste lo que te pedí? — le pregunté a la criada.

—Sí, señorita. Ayer mismo que me lo dijo, lo hice saber.

— ¿Nadie ha venido?

—No, señorita.

—Creo que me estás mintiendo.

—No, señorita. Se lo juro por mi vida, que es lo único que tengo.

Esperé todo el día y nadie vino. Solo un par de gentes habían venido a tirar frente a la fachada de la casa, huevos podridos.

— ¿Qué pasa? — le pregunté a la criada que venía de limpiar afuera.

—Nadie va a venir a trabajar con usted.

— ¿Por qué?

—Porque dicen que esta casa es del diablo y que usted hace orgías.

— ¿Quién te dijo eso?

—Todos lo están diciendo en el pueblo.

— ¿Cómo lo sabes?

—Por la chica que trabaja en la casa de al lado. Ella me lo dijo.

— ¿Eres amiga de ella?

—No, señorita.

— ¿Entonces?

—Nos conocemos porque ella me da la ropa que desecha — respondió con timidez.

Ahora entendía por qué el de sus ropas viejas, harapientas, llenas de remiendos por todos lados, al igual que los zapatos, que pedían a gritos ser botados a la basura.

— ¿Qué le haces al dinero que se te paga?

—Desde que estoy en esta casa no he recibido ni un solo pago, me dijeron que, con darme un techo y comida, sería suficiente para mí.

La criada, retorció sus dedos en sus viejos harapos. Yo la miré escéptica, ella continuaba con la cabeza baja, así que no podía ver sus ojos, hasta el momento, no había podido verla bien al rostro.

—Mírame a los ojos — le ordené.

Algo dudosa y temerosa, la criada levantó el rostro. Para mi sorpresa, no era fea, pero lo que me llamó más la atención de ella, fueron sus ojos. Pese a su piel morena, sus ojos eran de un color azul intenso y contrastaban deliciosamente contra su tez. Claramente, era una mestiza, que seguramente había sido el producto de una aventura o de una violación y que por ello fue vendida.

Me sostuvo la mirada y descubrí que no mentía.

— ¿Cómo es eso posible? ¿Quién hacía las compras? Siempre hacía el pago para seis personas.

—El ama de llaves era la que se encargaba de las compras y de estar al tanto de lo que hacía falta.

—Retírate.

—Con permiso, señorita.

Capítulo 3

Margarita

Nadie había venido a la casa en busca de trabajo y para peor suerte de la señorita, algunos habían venido a aventar huevos podridos, pero solo habían quedado estampados en las paredes de la barda que aseguraba la enorme casa.

La gente siempre creyéndose mejor que otra, pero a mí no me molestaba que a la señorita le gustara bailar y besarse con otras mujeres. Aunque no fuera invitada a sus fiestas, me gustaba verlas a escondidas y, sobre todo, verla bailar. Todas bailaban allí como si fueran una pareja de hombre y mujer. Incluso bebían hasta emborracharse y algunas, se retiraban a las habitaciones de arriba para hacer aquello.

Sin sus dos doncellas, la señorita se la pasó sola, triste y aburrida. Su único entretenimiento fui yo y me trajo de un lado para otro, para tratar de satisfacer cada una de sus peticiones.

Lo que me sorprendió, fue el saber que ella había destinado pagos para mí, pero nunca llegaron a mi mano, al parecer, el ama de llaves se los había tomado para ella y yo, como nunca aspiré a nada más de lo que me daban, me conformé a ser una trabajadora sin sueldo que a cambio recibe techo y comida.

En mi pobre y humilde posición, poco podía exigir. Existir en esta vida era difícil y yo había aprendido a sobrevivir arrastrándome como cucaracha y trabajando como un burro día y noche si era necesario.

Me sorprendió y me puse nerviosa, cuando la señorita me pidió que la viera a la cara, quería cerciorarse de que no le mentía sobre el que nunca había recibido pago por mi trabajo. Así que tal y como me lo pidió, la miré y aproveché para mirarla por primera vez de frente y no a escondidas como siempre.

Sus ojos verdes felinos me fascinaban y aunque deseaba perderme en ellos, no debía, porque ella y yo no éramos iguales. La diferencia abismal de clases sociales nos hacía parecer como el día y la noche. Ella era una dama rica y poderosa mujer de sociedad, que nació en cuna de oro y yo, siempre sería una harapienta y mugrosa criada. Unos tenían mucho y otros tenían poco, o casi nada, como yo.

Aunque esperamos toda una semana a que vinieran personas interesadas en trabajar en la casa, nadie vino. La señorita, tenía que vestirse sola y llevar siempre el cabello suelto. Mientras que yo, tenía que hacer circo, maroma y teatro, para atender a cada una de las peticiones de la señorita. Me consolaba saber, que viviría para servirla, hasta mi muerte o la suya.

Esa semana, la señorita me pagó por primera vez por mi trabajo. Nunca había tenido dinero en las manos, salvo algunas monedas de centavo que me encontraba muy rara vez en el patio, porque tampoco salía a la calle. Era como una prisionera en aquella casa, pero que podía moverse de un lado a otro sin que nadie me vigilara. Más bien me consideraba como un mono amaestrado.

—Gracias, señorita — le dije mirando el dinero emocionada.

Me consideré rica.

—Espero puedas comprarte algo decente con ese dinero.

—No creo que necesite ropa nueva, lo que hago es trabajo pesado y sucio.

—Pues de ahora en adelante, tendrás nuevas rutinas — me dijo —. Por lo visto, nadie

quiere trabajar y a la vista de que no hay personas dispuestas a hacerlo, tú, tendrás que ocuparte de la cocina, de ayudarme a vestir, a peinarme y a las demás cosas que hacían las doncellas. Lo que hacías antes de las tareas que te acabo de dar, puede esperar o hacerlo una vez por semana.

— ¿Puedo hablar?

—Dime.

—Puedo hacer casi de todo, menos peinar.

—No me había dado cuenta de eso — respondió sarcásticamente —. Lo sé, con solo ver tu corte de cabello es obvio.

—No solo es por eso. Es que se me hace menos complicado cuando trabajo y no pierdo tiempo para peinarlo.

—En eso tienes razón, eres una mujer muy práctica. Pero, has perdido ese lado femenino tuyo. De esa manera, nadie se fijará en ti.

—Eso no me interesa.

— ¿No deseas casarte y tener hijos? Es lo que todas las mujeres de tu clase desean.

—No, yo no.

—Bien, entonces. Mejor para mí. Mañana iremos a comprarte algo decente. No me gusta que andes con esos harapos viejos en esta casa. De ahora en adelante, vestirás diferente y solo te pondrás esos andrajos cuando sea necesario.

—Sí, señorita.

Abandoné la estancia feliz por lo que había escuchado de la señorita, por fin ocuparía un puesto más arriba de lo que siempre me resigné a tener. Mire el dinero en mis manos y me sentía rica, había tantas cosas que quería comprarme, sobre todo quería comerme un pastel. Nunca había comido uno y nunca me habían dado a probar ni siquiera una rebanada, porque decían que yo no tenía derecho. Pero ahora, tenía la posibilidad de hacerlo y de salir de compras.

Capítulo 4

Elizabeth

Cuando le pagué por su trabajo, aunque no fuera mucho, el rostro que puso, fue como si fuera millonaria, al parecer nunca había tenido dinero en las manos y la deslumbraba como si fuera oro. En realidad, ahora que lo había pensado bien, me convenía no tener más empleados, ahorrraba dinero y la criada ignorante era capaz de hacer todo.

Me di cuenta de que se conformaba con poco y parecía feliz. Envidiaba que pareciera tan tranquila pese a todo lo que tenía que hacer. Su apariencia no le preocupaba lo más mínimo y el saberse tan sola como yo, no buscaba compañía de nadie, era como si viniera de otro mundo. Aunque realmente, ella provenía de otro estilo de vida muy diferente a la mía y sabía que sentía cierta fascinación por mí, al menos debía valerme de eso para tenerla comiendo de mi mano.

Al día siguiente, cuando la llamé a mis aposentos, ella apareció rápidamente. Aunque su ropa era harapienta, estaba limpia, al menos tenía eso a su favor. Le indiqué que vestido usaría y ella fue hacia el armario y lo cogió por mí con demasiado cuidado.

Cuando le pedí que me quitara el camisón de dormir, la noté nerviosa, pero, aun así, sus torpes manos, se movieron para desvestirme. Estaba disfrutando de ponerla ansiosa, porque me demostraba que nunca había mirado otro cuerpo desnudo, ni siquiera el de otra mujer.

Terminó con la cara roja, pero yo no había tenido que mover más un dedo para vestirme, la mestiza había hecho todo por mí, incluso calzarme y pese a sus manos ásperas y fuertes, fue delicada.

En el comedor, la mesa ya se encontraba puesta y me senté a la espera de que tal vez tardaría con el desayuno, pero estaba completamente equivocada, porque en menos de lo que canta un gallo, la criada tuvo mi desayuno listo. Había tenido tantos sirvientes y ninguno había sido tan eficiente como ella y por primera vez, me pregunté ¿A qué hora comía? O ¿si comía?

— ¿Ya desayunaste?

—No suelo desayunar — respondió.

— ¿Por qué?

—Solo tengo permitida dos comidas al día, señorita. Por las mañanas solo bebo té.

— ¿Quién te dio esa orden?

—El ama de llaves me decía que solo tenía permitida dos comidas.

— ¿Y ahora que está la cocina a tu disposición, no desayunas?

—No tengo hambre a esta hora, señorita.

Puse los ojos en blanco, aparte de ignorante, tonta. Pero al menos me hacía saber que era fiel y que podía confiar en ella, por el momento.

— ¿No tienes algo más decente para salir? — le pregunté.

—Esto es lo más decente que tengo — respondió tímidamente.

—Pues vámonos ¿Sabes conducir?

—No, señorita.

— Qué pena, tendremos que ir caminando.

Yo era una de esas pocas personas que poseía el dinero suficiente para tener electricidad y un automóvil, las primeras civilizaciones que llegaban a nuestra ciudad y el dinero es poder. De eso lo había aprendido desde muy niña.

Tras lo ocurrido en mi fiesta, no había salido a la calle y no es porque tuviera miedo de lo

que la gente estuviera diciendo de mí o por el rechazo. Ellos no podían darse el lujo de despreciar mi dinero, de correrme de sus humildes tiendas, así que estaban obligados a recibirme, pensarán lo que pensarán de mí.

Como era de esperar, una vez que estuvimos en la calle, solo algunos me miraron y murmuraron. Mientras que la mayoría ni siquiera me conocía, al menos, solo sabían mi nombre, más no mi cara.

La criada caminó detrás de mí como el perro fiel que era, pero chocó conmigo cuando me detuve ante la primera tienda de vestidos.

— ¿Por qué no te fijas? Levanta la cabeza.

—Sí, señorita. Lo siento.

Levantó la vista y de nuevo me dejó ver sus inusuales ojos azules, unos que no parecían corresponder a una persona de su clase.

—Buenos días — saludé a la mujer que se encontraba encargada de la tienda —. Necesito algunos vestidos para ella — dije haciéndome a un lado para que viera a la mestiza —. Algo sencillo, pero decente. No quiero verla con esos harapos.

— ¿Quién los elegirá? ¿Usted o ella?

—Lo haré yo, no me fío de sus gustos.

—Vengan por aquí.

Por supuesto que era yo quien iba a elegirlos, estaba segura de que la mestiza no tenía idea de lo que era el buen gusto y, sobre todo, era yo quien iba a verla vestida. Así que esa tarea me correspondía a mí.

La mujer de la tienda nos guio a la parte en donde se encontraban los vestidos que describí para la mestiza. La pobre no sabía ni su talla, así que se tuvo que probar un vestido para saberlo y de esa forma comprarle al menos unos cinco. Le escogí uno de color azul, se me antojó porque combinaría con sus ojos, uno en color negro, otro color rosa, uno crema y verde claro.

—Nos llevaremos estos — le dije a la mujer.

—No tengo tanto dinero — me dijo la mestiza.

—Yo te los compraré.

—Muchas gracias.

Al tener vestidos nuevos, también necesitaría ropa interior nueva, imaginaba que seguramente no tenía y muy probablemente, no llevaba nada debajo. Me divertí mucho al ver su cara cuando le entregué algunas pantaletas y sostenes. Me encantaba su cara de pudor y me estaba divirtiendo mucho con sus expresiones. Por último, fuimos a comprar sus zapatos, no podía seguir viéndola con esos remiendos que cubrían sus pies, seguramente los tenía tan callosos como sus manos. Pero dejé de imaginármelos, pues me desagradó la idea de tener en mi mente los feos y descuidados pies de la mestiza.

Como era de esperarse, ninguno se negó a atenderme, al menos no aquellos que necesitaban de mi dinero. Sin embargo, aquellas que consideré mis amigas y que asistían a mis fiestas, me negaron el saludo en la calle. Cuando me topé, con Laura y Tina, en un principio se hicieron que no me vieron, pero cuando encontré la oportunidad de hablarles, me dijeron lo siguiente:

—Elizabeth, será mejor que no nos vean hablando contigo — dijo Laura.

—No me digas que tienes miedo lo que diga la gente de ti.

—No es eso, es solo que mis padres me han castigado. Gracias a tus estúpidos empleados, todos saben quiénes estaban en tus fiestas.

— ¿Y tú, Tina? ¿Vendrás a la próxima fiesta o ya no?

—Me temo que no. Creo que no volveremos a tus fiestas, al menos no iremos a tu casa.

—Esos criados tuyos han hecho que nuestros padres nos busquen prometidos — dijo Laura.

—Pues no se casen.

—Eso lo dices tú, porque no tienes a nadie — me echó en cara Tina —. Eres dueña de tu dinero y de tu vida, además de que no rindes cuentas a nadie. Pero nosotras no.

—No, nos busques, Elizabeth — fue lo que dijo Laura antes de irse en compañía con Tina.

Jamás nadie me había rechazado, esta era la primera vez que me pedían que me alejara, porque yo, les daba vergüenza. Esto me hizo sentir coraje, demasiado coraje. Tina y Laura eran como yo, pero ahora preferían someterse a lo que sus padres decidían por ellas.

Empecé a andar de nuevo por la calle, de regreso a casa, la mestiza caminaba detrás de mí en silencio, sin saber lo que yo estaba sintiendo por dentro.

Capítulo 5

Margarita

La señorita me compró muchas cosas, vestidos, ropa interior y zapatos. Ropa interior nunca había utilizado, solo usaba unos calzoncillos de hombre que me dio el ama de llaves y lo lavaba todas las noches para poder usarlo al día siguiente.

Estaba siendo un muy buen día y yo me sentía feliz de ir con la señorita, pero todo cambió inesperadamente, cuándo la señorita se encontró con dos de sus amigas, dos de ellas que nunca faltaban en sus fiestas y que cabe mencionar que utilizaban las habitaciones para entregarse a los deseos de la carne. Ellas dos, eran amantes y supuestamente las mejores amigas de la señorita, pero ahora, tras el chisme que habían regado los criados de la casa, deseaban tenerla lejos de ellas.

Tina y Laura se alejaron y nosotras volvimos a casa. No obstante, la señorita ahora estaba de mal humor y se fue directo a su habitación. Aun así, yo preparé el almuerzo, pero ella no bajó y como la señorita no comió, yo tampoco podía hacerlo. Así que fui a hacer los deberes que me quedaban por hacer.

Por la noche, me encontré a la señorita en la cocina, quien me dio un susto en cuanto la vi.

— ¿En dónde estabas? — me preguntó.

Estaba visiblemente enojada y sus ojos verdes se notaban rojos por haber estado llorando, al notar esto, desvié la mirada y me fui a lavar las manos.

—Estaba limpiando las ventanas — le dije.

—Ya es tarde.

—Debía hacerlo ¿Va a cenar? — quise saber.

—No tengo hambre.

—Debería hacerlo o le hará mal no comer.

— ¡No tengo hambre! — espetó —. Come tú. Prepárame un té y llévamelo a la habitación.

—Sí, señorita.

—Quiero que mañana empieces a usar la ropa que te compré y no quiero volver a verte con esos zapatos viejos. Quédate más dentro de la casa, olvídate de limpiar tanto esos cristales.

—Sí, señorita.

Cuando se fue, encendí el fuego y comencé a calentar la comida y el agua para el té de la señorita. Yo moría de hambre, así que apenas se calentó un poco, comí rápidamente para llevarle el té.

Toqué a la puerta y ella de inmediato me dejó entrar. La señorita, ya se encontraba en su cama, así que allí le acerqué la bebida caliente.

—Toma asiento — me ordenó.

Yo busqué con la mirada de inmediato la silla que se encontraba cerca y me senté, tal como me lo pidió. No habló de nada, solo se limitó a beber el té y yo a mirarme la punta de los pies. Aún no me acostumbraba a su presencia luminosa e intimidante. Era hermosa y tanta belleza seguramente no estaba hecha para mis ojos.

—Gracias por el té — escuché que dijo.

Yo me había adormilado sentada en aquella silla debido al cansancio, por eso, su voz me

sobresaltó cuando me dio las gracias.

— ¿Estabas dormida? — preguntó mientras me acercaba a tomar su taza vacía.

—No, señorita.

—A mí me pareció lo contrario.

Salí de su habitación dándole las buenas noches, por supuesto que no iba a aceptar que me había dormido. Atender a una persona como ella era agotador, sobre todo, si le sumas la limpieza de la casa.

Al día siguiente, alrededor de las once de la mañana, vinieron a dejar una carta para la señorita, así que en cuanto la tuve en mis manos se la llevé. Esa mañana, la señorita me había hecho que la acompañara a estar en la biblioteca, incluso, me dio permiso de tomar un libro, así que tomé cualquiera y miré solo las imágenes.

— ¿Quién era? — me preguntó cuándo entré de nuevo a la biblioteca.

—El cartero, ha traído una carta para usted —le dije ofreciéndosela.

—Léemela.

—No sé leer, señorita — respondí avergonzada de mi ignorancia.

— ¡Que! ¿Entonces que hacías con ese libro?

—Solo ver las imágenes, que había adentro.

—Sí que eres ignorante, dámela — pidió arrebatándomela de las manos.

No saber leer no era mi culpa, había sido de mi madre que no me envió a estudiar y de la pobreza, una combinación de la cual no me libraba, ni me libraría nunca.

La señorita leyó la carta y anunció que tendría visitas. Me ordenó que arreglara dos habitaciones, que fuera al mercado y comprara lo mejor para preparar las comidas y cenas.

No sabía quiénes eran, pero parecía contenta, así que supuse que debían ser familiares o algo así, porque sus amigas le habían pedido que no se acercara a ellas y seguramente, eso aplicaba también para el resto.

—Que todo esté listo para pasando mañana.

—Sí, señorita.

—Así que apresúrate a hacer lo que debes hacer.

—Sí, señorita.

Lo primero que hice, fue cambiarme de ropa. Para organizar y limpiar dos habitaciones, debía de ponerme mis viejos harapos. Una vez con mis viejas ropas, me puse manos a la obra, me llevé más tiempo del que imaginé, pues antes de terminar con las habitaciones, tuve que bajar a la cocina para preparar el almuerzo de la señorita, que hasta el momento no había tenido queja de lo que cocinaba.

Todo lo que preparaba, era de lo que vi, cada que ayudaba a la cocinera, siendo lo suficiente para aprender sus secretos y cocinar al gusto de la señorita.

El día de la esperada visita, la señorita me pidió usara el vestido de color azul, pero yo no me sabía los colores, así que le tuve que pedir su ayuda.

— ¿Qué quieres? No presto dinero — dijo con molestia en la voz.

—No es nada de eso, solo quiero que me diga cuál es el color azul.

— ¿No te sabes los colores?

—No, señorita.

Las mejillas me ardían de la vergüenza, pero esa era mi vida. Vivía ignorante de casi todo. Si se preguntan cómo sabía que los ojos de la señorita eran de color verde, fue porque escuché a alguien decirlo y lo de que eran agatados, eran porque así se me figuraban a mí.

—Solo dígame con cualquier objeto que esté aquí, cuál es azul.

—Tus ojos son azules.

— ¿Mis ojos? — pregunté sorprendida.

—Sí, tus ojos son azules. Mírate en un espejo.

—Gracias, señorita.

Yo no tenía espejo, pero sabía dónde había uno en el cual podría mirarme, corrí hacia el baño de los invitados y me miré. Ahora sabía gracias a la señorita que tenía ojos azules y que el vestido que quería que pusiera combinaría con mis ojos. Feliz por el descubrimiento, fui a mi habitación para vestirme.

Cuando la señorita me miró, no dijo nada, pero parecía complacida con lo que veía y sentí algo raro en el estómago, pero la sensación no demoró mucho, porque enseguida llamaron a la puerta.

—Corre, ve a abrir — me apresuró.

Al abrir, me encontré con un hombre bien vestido, al igual que la joven mujer que le acompañaba.

—Somos los hermanos Olivera, estamos aquí para ver a la señorita Elizabeth.

—Los está esperando, pasen.

—Muchas gracias — dijo él —. Podría alguien llevar nuestro equipaje.

—Claro, por supuesto.

Al parecer ya sabían que la señorita les iba a dar alojamiento en su casa, porque descaradamente, el hombre pidió que alguien llevara sus maletas. Por supuesto que la persona que tendría que llevarlas hasta las habitaciones sería yo, pues no había ningún hombre aparte de él para hacer ese trabajo y como se supone que el recién llegado es de clase alta, no movía un dedo.

La señorita los recibió con alegría, pero supe de inmediato que no era por él, sino por ella, los ojos verdes de la señorita se habían posado en la joven hermana del sujeto. Por supuesto que ellos no sabían de los gustos de la señorita, él venía dispuesto a conquistarla, pero estaba muy equivocado.

Capítulo 6

Elizabeth

Al parecer la criada no podía ser más ignorante de lo que ya era, la pobre no sabía leer y mucho menos los colores, así que ignoraba que sus ojos eran azules. No me podía imaginar cómo es que había podido vivir todos estos años de esa forma. Pero a pesar de no saber nada y ser pobre, parecía feliz.

Debo admitir que haber elegido ese vestido azul para ella fue muy acertado, al ser la única que estaba en la casa para servir, debía de estar presentable y adecuada al estatus de mi posición social.

Si había aceptado recibir la visita de los Olivera, fue porque me dijeron que el caballero interesado en mí, no vendría solo, sino que arribaría acompañado de su hermana menor, la cual era casi de mi misma edad.

Según en las cartas que me enviaron, decían que Fernando era un hombre apuesto y que su hermana era aún o más guapa que él. Si no hubiera sido por estas descripciones, la curiosidad no me habría ganado para aceptar su visita.

Esperé ansiosa, mientras la mestiza estuvo muy ocupada haciendo todo lo que yo le pedía. Me asombraba lo capaz que era de hacer todo ella sola y sin quejarse.

Cuando ellos llegaron, esperaba llevarme una decepción, pero lo que había leído en cartas no habían sido mentiras. Él era guapo, debía de aceptarlo. A pesar de que no me gustaran los hombres, Fernando era apuesto y tenía ojos café claros. Pero a mí, quien verdaderamente me interesaba era su hermana.

Realmente era guapa, su piel era tan blanca como la porcelana, su cabello era de un tono cobrizo, y lo llevaba peinado a la moda en que se estaba usando en ese momento. Le sonreí y ella me devolvió de inmediato el gesto.

—Gracias por recibirnos, señorita Elizabeth — dijo él extendiendo su mano para saludarme —. Soy Fernando Olivera y ella es mi hermana menor, Jimena

—Gusto en conocerlos — dije esta vez saludándola a ella —. ¿Cómo estuvo su viaje?

—Un poco largo, pero bien — respondió él.

Era como si solo él tuviera la voz cantante y su hermana hubiera venido de parapeto, mientras yo les daba la bienvenida, la mestiza, se hallaba metiendo las maletas de los recién llegados. Sentí pena por ella, porque eran semejantes petacas las que tuvo que llevar a la parte de arriba y sin ayuda, pero no había nadie más que hiciera ese trabajo que ella.

Cuando terminó, le di un breve respiro, para luego pedirle que trajera bebidas para Fernando y Jimena, a quienes hice pasar a la sala de estar para conversar un poco. Por suerte, la mestiza no me hizo quedar en vergüenza, era burra e ignorante, pero sabía comportarse.

— ¿Es tu única empleada? — preguntó Fernando.

—Por el momento, sí. Últimamente, es difícil encontrar personas que estén dispuestas a servir. Ella es la única que vale la pena.

—Parece que la estima — habló Jimena por primera vez y su voz, fue melodía para mis oídos, al tiempo que sus ojos claros me miraban fijamente.

En esa mirada pude reconocer la mía propia y la de muchas de mis amigas, Jimena parecía ser una de nosotras. Mi instinto nunca se equivocaba.

—Ha demostrado ser fiel a mí.

—Es la primera vez que escucho a un patrón hablando bien de su empleado — dijo Fernando.

—Hasta el momento no tengo queja de ella.

Poco después, los tres pasamos al comedor y me alegró ver que la mestiza había puesto la mesa tal y como le enseñé. Además de que la comida, había quedado como para chuparse los dedos.

—Por lo que veo, tu empleada es una maravilla — expresó Fernando limpiándose la boca.

—Eso parece, ¿Les ha gustado la comida? — quise saber.

—Por supuesto.

Tras la comida, los hermano Olivera se fueron a descansar y yo fui libre para tomarme un respiro y retirarme a la biblioteca a continuar leyendo.

Más tarde, Fernando no tardó en mostrar cuáles eran sus verdaderas intenciones para conmigo ese primer día. Habló de sus negocios y se interesó en saber de los míos, pero yo le respondí que yo no los manejaba, que de ellos se encargaban mis albaceas, hombres dedicados únicamente a mis negocios.

— ¿Confía usted en ellos? — me preguntó Fernando.

—Pues hasta el momento no tengo quejas, sigo siendo rica y teniendo una buena posición económica.

— ¿No teme a que le estén robando?

—Espero que si lo hacen no me entere, a fin de cuentas, están haciendo un buen trabajo y yo no tengo que quebrarme la cabeza.

—Supongo que pronto su futuro esposo, se hará cargo de sus negocios.

—Para nada, no estoy pensando en casarme nunca.

La cara que puso Fernando, fue de un tremendo disgusto, me miró con ojos de sorpresa y luego trató de recomponerse, mientras que Jimena disimulaba una sonrisa.

—Pero una mujer tan guapa como usted, no puede quedarse sola — argumentó.

—Pero ¿Quién dice que no puede?

—Una mujer necesita de un hombre a su lado para que la cuide, la defienda y la provea.

—Pues yo no necesito de uno, tengo mis propios negocios que me proveen de todo.

—Usted, sí que es un hueso duro de roer — dijo Fernando con una sonrisa dándose por vencido.

—Que le puedo decir, estoy muy feliz como estoy.

Capítulo 7

Margarita

Los Olivera habían llegado por fin, aunque para ser franca ninguno de los dos me dio buena espina. Aunque de buen aspecto y obviamente provenientes de buena familia, me parecían aún más falsos que las amigas de la señorita, pero esperaba que se diera cuenta de lo que estas dos personas transmitían.

Como era de esperarse, yo no sabía cuál era la razón de la visita, la señorita hasta el momento nunca me dijo de la razón por las que ellos habían venido, pero intuía que era por interés, como todos los que se acercaban a la señorita o como hasta entonces sus amigas lo habían hecho.

Las que la señorita creía sus amigas, realmente no lo eran, venían a esta casa, solo porque les daba comida, bebida y una fiesta llena de libertinaje que en ningún otro lado podrían tener. Solo que ella no lo veía de esa manera en la que yo, desde fuera de su posición, miraba las cosas.

Yo no tenía el cristal con el que la señorita miraba su vida, la mía se me mostraba tal y como era, sin filtros, y gracias a ello, sabía quién era quién en esta vida y también, como era ella en realidad, debajo de su aire de mujer petulante, engreído y orgulloso.

La señorita, tenía miedo a la soledad, por eso es que le gustaba rodearse de gente, por eso tenía dos doncellas pendientes de ella, para no sentirse sola. Y esa misma soledad, la había llevado a aceptar, la visita de los hermanos Olivera, aunque intuía que solo era por la hermana menor, pues su curiosidad la llevó a aceptar que vinieran solo para verla a ella y la joven era del tipo de mujer que le gustaban a la señorita y eso iba a significar problemas.

Como sabía que no podía estar presente en sus charlas, me escondía en los pasillos que tantas veces ocupaba y ocupé para pasar desapercibida. Me aposté allí en silencio para escuchar sus conversaciones.

Como lo esperaba, él comenzó a preguntarle a la señorita sobre sus negocios y después quiso saber si tenía novio, me dio risa el que él insistiera en que toda mujer debía tener un hombre a su lado para que la cuidara y sobre todo para que la proveyera, pero la señorita le dijo que ella no lo necesitaba.

La señorita nunca querría tener un hombre a su lado, yo mejor que nadie sabía que ella gustaba de las damas bonitas y de la alta sociedad como ella, aunque eso estuviera mal visto antes todos en el mundo, eso era lo que a ella le gustaba y sabe Dios si algún día ella podría compartir el techo y una cama con una mujer por el resto de su vida.

Por otro lado, noté la mirada cómplice de ella y la señorita, al ver esto, sentí como si abejas africanas me hubieran zumbado en las orejas. Eran celos. Celos de que muchas mujeres tendrían la mínima oportunidad de compartir algo así con Elizabeth, menos yo.

Pocas veces me atrevía a pensar en su nombre, por eso siempre me refiero a ella como la señorita, porque desde que supe su nombre, me pareció hermoso y sabía que yo nunca tendría la oportunidad de que su nombre pudiera salir de mis labios. Siempre tendría que dirigirme hacia ella con respeto y mantener la cabeza baja, porque no era nadie, ni poseía nada.

Poco más tarde, la pequeña charla se disolvió y salieron de la sala, aun así, yo seguí a la visita a través de los pasillos ocultos, algo dentro de mí, me decía que tramaban algo. Él se metió a la habitación con su hermana y yo me apresuré por el pasillo secreto para escuchar su plática.

— ¡Es verdad lo que dicen! — espetó enojado —. ¡Es una loca pervertida!

—Y eso que más te da — le respondió ella —. Eso ya lo sabíamos, nos lo dijeron mucho antes de que insistieras en venir por ella.

—Creí que en cuanto me viera, cambiaría de opinión.

“Idiota” pensé yo mientras los escuchaba.

—Demasiado presuntuoso de tu parte, no todas las mujeres son iguales. Pero, es inteligente, porque yo tampoco me fijaría en un idiota como tú.

—No me fastidies, Jimena.

—¿Qué vas a hacer?

—Enamórala.

—¡Que! ¡Estás loco!

—No te hagas hermanita, yo sé bien que eres como ella y si no es porque te amenazo para meterte a un hospital psiquiátrico, seguirías haciéndome quedar en vergüenza.

—El que deja en vergüenza a la familia, eres tú, que ha perdido todo el dinero de la familia. Cuantas veces te dije que no hicieras esa inversión y no me hiciste caso.

—Yo soy el hombre y mis padres dejaron la herencia a mí, no a ti. De desear que estuviera en tus manos, te la hubieran dejado.

—Mi pobre padre tenía una venda en los ojos contigo y no vio lo idiota que eres.

—¡Cállate y has lo que te digo! — le ordenó dándole una bofetada.

Tras eso, Fernando abandonó la habitación y yo me apresuré a salir de allí, antes de que alguien me buscara.

Llegué a la cocina y justo detrás de mí, apareció él. Yo fingí que limpiaba, porque ver su arrogancia me daban ganas de vomitar.

—Pero si aquí se encuentra esta linda mujercita — dijo él acercándose a mí, arrinconándome junto al fregadero.

Yo intenté escapar, pero él me lo impedía.

—No te voy a hacer nada, me gustan las flores silvestres como tú — dijo levantando mi rostro para verme a los ojos —. ¡Vaya! Pero si tienes los ojos azules.

—Suélteme.

—¿Por qué? Podríamos pasarlo bien tú y yo un rato.

Sin importarle lo que yo deseara, él comenzó a levantarme la falda del vestido y yo intenté de nuevo escapar de él, pero esta vez me sujetó con más fuerza para que no pudiera huir.

—¡Déjeme ir o comenzaré a gritar!

—¿Qué está pasando aquí? — se escuchó la voz de la señorita en el fondo.

—Nada, señorita Elizabeth — dijo Fernando apartándose de mí —. Ya saben cómo son estas mujeres y los hombres de débiles.

Él salió de la cocina y nos quedamos ella y yo solas, pero sentía la mirada asesina de la señorita sobre mí.

—No creí que fueras ese tipo de mujer.

—Yo no soy lo que usted piensa. Él se estaba sobrepasando conmigo.

—No te creo.

—Es la verdad.

—Pues como sea. No quiero volver a ver lo que vi esta noche.

—Sí, señorita.

—Llévame un té.

—Sí, señorita.

Como era de esperarse, al día siguiente, Jimena comenzó a seguir las órdenes que su

hermano le dio la noche anterior. Mientras que Fernando comenzó a mantenerse al margen y yo me escondía de él para que no volviera a intentar a hacer lo mismo conmigo. Era un desgraciado y debía mantenerme alejada de su presencia y sobre todo evitar estar a solas.

La señorita cayó en la trampa rápidamente. Jimena era guapa y no fue difícil coquetearle, así que Elizabeth inició por comprarle todo lo que le gustara. Empezaron a dar paseos por las calles y yo les acompañaba solo para cargar sus compras. Fernando no nos acompañaba, él se iba a dar paseos por su parte para dejar que su hermana conquistara a la señorita sin problemas y yo, cada noche los espiaba para saber sus planes y así poner a alerta a la señorita, al tiempo que rogaba a Dios para que ella me creyera.

Cuando Fernando y Jimena tenían tres semanas de estar de mantenidos en la casa de la señorita, él, entró a la habitación de su hermana para saber qué tan enamorada se encontraba Elizabeth de ella.

— ¿Ya se besaron? — preguntó.

— ¿Qué te importa? — le respondió ella y Fernando la sujetó con fuerza de los brazos.

—Me importa, porque ya quiero largarme de aquí. Necesito que ella nos confíe algo para poder empezar de nuevo.

—Creo que ella hará lo que sea que le pida.

Fernando la soltó y sonrió feliz de lo que su hermana le había dicho.

—Dile que estamos pasando una mala situación económica, que yo podría ayudarle con sus negocios y que así nos ayudamos ambas partes.

— ¿Y después?

—Después, intentaremos sacarle más y más. Que ponga todo lo suyo a mi disposición, la declaramos loca, nos deshacemos de ella y la metemos a un manicomio.

—Eso es demasiado.

—Y que me importa ella, a nadie le importa Elizabeth. Lo que la hace una mujer importante es su dinero, pero cuando sea una loca y pobre, a nadie le va a interesar.

A él ni a nadie más podría importarle la señorita, pero a mí sí me importaba ella y no por su dinero. Me importaba porque la amaba desinteresadamente. Yo la amaba con mi pobre corazón, la amaba con mi pobreza, pero la amaba calladamente.

No podía callarme lo que había acabado de escuchar, aun así, corría el riesgo de que la señorita me tachara de chismosa y demás, pero yo debía de informarle lo que había escuchado, así que en cuanto la visita se guardó en sus respectivas habitaciones, yo me dirigí a verla.

Toqué a su puerta, esperando que no se molestara por mi interrupción y, sobre todo, que no estuviera dormida.

—Pase.

Cuando entré, ella me miró con curiosidad, estaba con su camisón de dormir, pero aún seguía de pie, caminando por la habitación como alma en pena.

— ¿Qué quieres? — preguntó, no de muy buen humor.

—Hablar con usted.

—Si es sobre lo que vi contigo y Fernando en la cocina, te sugiero que no lo hagan en mi casa.

—No es sobre eso y yo no quiero nada con él. Él se estaba aprovechando de mí.

—Entonces, ¿qué quieres?

—Advertirle sobre algo.

— ¿De qué?

—De Fernando y su hermana — ella me miró curiosa, pero como siempre, yo mantuve la

cabeza baja, solo lograba verla de soslayo —. Ellos solo quieren aprovecharse de usted, quieren quitarle todo lo que posee, declararla loca y meterla a un manicomio.

— ¿Cómo lo sabes?

— Los escuché hablando esta noche.

— ¿Los espiaste? — yo asentí —. ¿Por qué?

— Porque no me dan buena espina.

— ¿Y crees que yo no me había dado cuenta?

Esta vez su voz sonó enojada y al igual que Fernando, me levantó el rostro para que la mirara a los ojos, en los cuales, brotaban chispas de enojo.

— Esos idiotas creen que soy boba y que me creo sus cuentos. Antes de que ellos vinieran, averigüé sobre ellos y me enteré de que Fernando se gastó casi todo lo que sus padres le heredaron.

— Solo quería...

De repente su mano soltó mi barbilla solo para que esta vez la palma de su mano se estampara sobre mi mejilla. No me lo esperaba, me quedé helada, mientras mi moflete ardía en donde su mano me había tocado con toda la fuerza de la ira que llevaba dentro de ella.

— No soy tan ignorante como tú, mestiza. Deja de andar de metiche y escuchando detrás de las paredes.

— Sí, señorita.

— Ahora, lárgate de mi vista.

No me esperaba que me golpeará, pero quizás me lo merecía por tomarme atribuciones que no eran mías. Se me había olvidado que yo solo soy una criada en esta casa y para ella. Bajé corriendo las escaleras y me fui directo a mi cuarto, mientras intentaba recoger los pedazos rotos de mi corazón.

Capítulo 8

Elizabeth

Como era de esperarse, todos creen que soy idiota y estúpida, incluso la ignorante criada vino para decirme que los hermanos Olivera estaban aquí solo por mi dinero. Aunque debo admitir, que en un principio no me percaté de ello, sino después de que llegara el reporte que mandé pedir de ellos y de que Fernando comenzara a ofrecerse casi como un marido y semental para mí.

Por supuesto que después de lo que vi tratándole de hacer a la criada en la cocina, no se me antojaba para nada tenerlos cerca. Lo que más me fastidiaba y me tenía enojada, era que Jimena se prestara a su juego, si ella me hubiese hablado con sinceridad, le hubiera dado todo lo que estuviera en mi poder, porque era bella de los pies a la cabeza, pero compartía la cabeza hueca de su hermano.

Como todas las demás mujeres que conocía, no podía evitar estar atada a las decisiones de los hombres, de quedarse a mi lado, me traicionaría por miedo, así que mañana sería el último día que estarían en mi casa.

—Me gustaría pedirle un favor, señorita Elizabeth — dijo Fernando mientras desayunábamos.

— ¿Cuál? — inquirí, aunque ya sabía más o menos por donde iba.

—Me gustaría dejar a mi hermana con usted unos días, yo tengo que...

—Me temo que no se va a poder — no lo deje terminar y su rostro se puso tan blanco como el de la criada cuando la golpeé anoche.

La mestiza, continuaba actuando igual, salvo que ocultaba más el rostro, pero al menos seguía siendo fiel y no se había marchado como los demás.

— ¿Por qué? — quiso saber.

—Estaré fuera por cuestiones de negocios. Necesito ir forzosamente y no puede quedarse conmigo y tampoco puedo tenerla en casa. Me voy mañana por la tarde, así que me gustaría que partieran el día de hoy.

—Por supuesto, claro que sí, señorita Elizabeth.

No les quedó de otra más que irse ese mismo día tras desayunar, sentí pena por la mestiza, que tuvo que bajar de nuevo las maletas ella sola y con lo flaca que era, no sabía de donde sacaba fuerza para cargarlas y arrastrarlas.

La casa volvía a quedarse en silencio, la mestiza se había ido a hacer sus labores y yo me sentía de nuevo en paz en mi tranquilidad de la soledad, creo que hasta entonces no le había tomado mucho aprecio, pero ahora que se habían ido Fernando y Jimena con toda su falsedad, me sentía mejor.

Sin más que hacer, entré a la biblioteca y no llamé a la mestiza, no tenía caso llamarla allí, cuando ni siquiera sabía leer o escribir. A veces me preguntaba ¿Cómo es que había sobrevivido todo este tiempo? Nunca la había visto o prestado atención hasta hace poco que se fueron todos y ella, se quedó conmigo para ayudarme al cuidado de la casa. Pero una cosa es que me ayudara a mantenerla en orden y otra muy distinta que creyera que podía tener derechos sobre mí y creerse mi salvadora.

Éramos diferentes y así sería siempre hasta la muerte, ella una criada y yo su patrona.

Una noche, no me sentía muy bien, así que la llamé a mi habitación. Ella, entró con

cautela a la habitación, pues desde lo ocurrido, no había vuelto a poner un pie en mi cuarto, al menos no en mi presencia.

— ¿Qué se le ofrece, señorita?

— Me siento mal, creo que tengo fiebre.

— ¿Puedo ver? — inquirió antes de acercarse a mí.

— Sí.

Una vez que tuvo mi permiso se acercó y llevó una de sus manos a mi frente, colocando el dorso sobre mi piel.

— Eso parece — dijo retirando su mano —. Déjeme ir por agua y algunos paños. Enseguida vuelvo.

No podía pedir ayuda a nadie más, solo la tenía a ella y ella a mí, si lo veíamos de esa manera. La mestiza no tenía a dónde ir, e hiciese lo que le hiciese, estaba segura de que no iría a ninguna parte.

La criada volvió poco después con una bandeja de agua y paños. Los colocó en la mesa más cercana, sumergió la tela en el agua y después de exprimirlos, vino a mí y me puso uno sobre la frente y otro detrás de la nuca.

— ¿Esto servirá? — pregunté.

— Es lo único que sé que funciona para bajar la fiebre. Aunque si gusta, puedo ir por el médico.

— No, es tarde.

— Si siente otras molestias puedo prepararle un té.

— Té ¿de qué?

— Su fiebre parece que es de una gripe, puedo hacerle un té con flor de buganvilia, miel de abeja, jengibre, ajo y cebolla.

— ¡Qué asco!

— No sabe tan mal.

— ¿En verdad es bueno?

— A mí me sirve cuando comienzo a sentirme mal.

La mestiza hablaba, pero sin mirarme a la cara. Estaba de pie junto a mi cama, pero miraba hacia abajo y sus manos se hallaban jugando con la tela de su vestido. Poco después, me cambió los paños por unos nuevos. Se sentía, bien.

— Ve a prepararme ese té, espero en verdad me sirva para que no amanezca peor mañana. No quiero ver a los matasanos.

— En un momento vuelvo, señorita.

Regresó más pronto de lo que esperaba, me entregó la taza y antes de beber, olí el aroma que se desprendía del té. No olía tan mal, pero no se me antojaba beberlo. Miré a la criada, pero ella estaba de espaldas a mí exprimiendo paños. Le di un sorbo a la taza y me sorprendió encontrarlo a la temperatura ideal en que me tomaba las cosas, sin duda alguna, la mestiza se había tomado la molestia de enfriarlo antes de traerlo.

Cuando me terminé el brebaje que me dio la mestiza, volví a recostarme en la cama, para que ella continuara poniéndome paños y en algún momento de la noche me quedé dormida. Al despertar, me di cuenta de que no estaba sola en la habitación, la criada se había quedado conmigo toda la noche y se encontraba dormida en la silla. Dormía tan plácidamente como si fuera una cama.

Para mi sorpresa, me sentía mejor, ya no tenía fiebre y los malestares que sentía en el cuerpo eran menos. Pese a su ignorancia, había hecho algo bueno. Aunque estuviera durmiendo

profundamente, la desperté dando un aplauso y ella se puso de pie rápidamente de la silla.

—Lo siento, señorita. Me quede dormida.

Fue lo único que dijo antes de desaparecer de mi vista, ni siquiera me preguntó cómo había amanecido, pero ¿Qué podía esperar de una persona como ella?

Pasé un día en cama con todas las atenciones de la mestiza y debía de admitir que era mucho mejor atendiéndome que las dos doncellas que tenía.

Desde que todos mis empleados se fueran de casa y regaran el rumor de mis fiestas inmorales y perversas, nadie había venido a visitarme, cuando antes, no había día en que no hubiera personas trayéndome chismes o cualquier detalle, pero ahora, se habían alejado de mí como si tuviera la peste. Estaba tan sola como la mestiza.

Una mañana del domingo, decidí ir a misa, desde el escándalo en el que me había metido no había asistido, así que esa mañana, me llevé a la mestiza para que me acompañara, seguramente tampoco iba a misa.

— ¿Estás bautizada? — le pregunté mientras caminábamos.

No sabía nada de ella, pero me interesaba saber al menos si era católica.

—Creo que no.

—Parece que te concibieron los animales.

No podía entender cómo es que las personas traían al mundo hijos y ni siquiera se hacían cargo de ellos. La mestiza a veces me daba pena, pero yo no iba a remediar su vida.

Cuando llegamos a la iglesia, pude tonar que varias personas de las de allí reunidas, me miraban, otras ni siquiera me dieron importancia, al parecer le importaba un comino mi vida y eso era exactamente lo que debería importarle a todos lo que yo hiciera con mi vida.

Sin prestarles mucha atención, me senté en una de las bancas con mi acompañante. Cuando el cura entró, los murmullos se acallaron y la misa dio inicio. Cuando la eucaristía terminó y me encontraba a punto de salir de la capilla, el padre me llamó para que me quedara a hablar con él unos minutos, pero intuía de qué quería hablarme.

—Hace mucho tiempo que no venías a misa, hija — me dijo.

—No había podido.

—Me imagino, aunque se ha estado diciendo por ahí de que haces fiestas inmorales y que has llevado a varias muchachas como tú por un mal camino, ¿qué me dices de eso?

—Yo que puedo decir, padre. Es una completa mentira. Mis fiestas eran solo para damas, porque como comprenderá, las damas no pueden estar a solas con los hombres, no al menos antes del matrimonio. Sobre todo, si somos señoritas decentes.

— ¿Vas a confesarte, hija?

—No, padre. Quizás otro día, esta pobre alma no comete pecados.

El cura estaba loco si creía que yo iba a admitir todo lo que él y el pueblo entero decía. Eso jamás. Aunque me confesara, nunca le diría todas las cosas que hago a un simple hombre con sotana que se cree Dios y mejor que todos los demás, por leer la biblia y rezar el rosario todos los días.

—Hola — una mujer joven que no conocía nos saludó a mí y a la mestiza cuando salimos de la iglesia.

—Hola — le devolví el saludo —. ¿Te conozco?

—Creo que no, soy Dalia Segura Taracena — dijo extendiendo su mano para saludarme —. Mi familia y yo acabamos de llegar.

— ¿Y cómo los has tratado la gente?

—Hasta el momento bien — y me sonrió —. No me ha dicho su nombre.

Con esa sonrisa le daba algo más que mi nombre.

—Discúlpeme, soy Elizabeth Verti de Zaldívar.

—Mucho gusto, señorita Elizabeth.

—Llámame solo Elizabeth.

No sé en qué momento, comenzamos a hablar y hablar de lugares y otras cosas más, que me olvidé de la criada, sintiéndome únicamente sola con Dalia.

Dalia tenía una presencia tranquila y su sonrisa era muy dulce. A diferencia de muchas mujeres que había conocido, ella me parecía diferente, además de que se notaba que había viajado mucho, según me contó, por el trabajo de su padre era que a menudo se mudaban de hogar, sin tener uno fijo realmente.

No me di cuenta de que pasé varias horas con ella y con la mestiza detrás de nosotras, siguiéndonos como la sombra, sin decir palabra y sin siquiera estar muy cerca de nosotras, en ese aspecto me gustaba que no estuviera tan atenta a nuestra conversación. Antes, cuando tenía a las dos doncellas, tenía que dirigirles algunas miradas de advertencia para que se mantuvieran al margen y alejadas de mis pláticas.

Cuando volvimos a casa, luego de haberle mostrado a Dalia como llegar a su casa y a la mía, la mestiza se apresuró a ir a la cocina para hacer el almuerzo. Moría de hambre.

Sin esperármelo, una tarde del jueves Dalia vino a visitarme, antes no lo creí posible, dado que la gente chismosa del pueblo, seguramente se había encargado de hablar sobre mi vida inmoral y perversiones, pero ahora que la mestiza había venido a decirme que tenía visita y darme cuenta de que era ella, no pude evitar sentirme más feliz.

—Pensé que no vendrías a verme — le dije una vez que nos acomodamos en la sala de estar.

— ¿Por qué dices eso?

—Porque probablemente algunas personas te hablaron mal de mí.

—No hago mucho caso de lo que las lenguas hablan. Me agradó mucho conversar contigo.

—A mí también.

— ¿Le gusta leer?

—Claro que sí. De hecho, tengo una pequeña biblioteca ¿Te gustaría verla?

—Me encantaría — dijo poniéndose de pie, tan animada como siempre —. Como comprenderá, yo no tengo muchas cosas.

—Me imagino, eso es lo malo de viajar y moverse mucho.

—Así es.

—Puedes tomar el libro que te guste y llevártelo a tu casa o puedes venir aquí todos los días — expresé mientras nos dirigíamos a la biblioteca.

— ¿De verdad?

—Por supuesto, me encantaría con quién comentar la lectura, no a muchas personas les gusta.

—No, aunque los libros son caros.

—Un poco, pero vale la pena pasar un buen rato en ellos. Para mí no es caro.

Capítulo 9

Margarita

Por supuesto que para ella un libro no era caro, tenía dinero, demasiado para ella sola, estaba segura de que la señorita moriría siendo vieja y no se lo acabaría nunca, si es que le seguía yendo bien en los negocios.

Como era de esperarse, la señorita tenía una nueva amiga con la cual entretenerse, lo que me parecía raro es que Dalia, era como si la hubiera estado esperando la salida de la iglesia. Desde que empezaran a hablar no pararon de hacerlo y la señorita se mostraba otra vez feliz de tener a alguien con quien hablar de cosas a fines, ya que yo, no había viajado y tampoco sabía leer. Era como si fuéramos de mundos diferentes, aunque viviéramos en el mismo.

A pesar de todo y de mi tristeza por no estar a su altura, me alegró que volviera a encontrar a alguien con quien pasar el rato.

Cuando la vi parada en la puerta de la casa, no imaginé que realmente fuera a venir a visitar a la señorita, conociendo como era la gente en el pueblo, estaba segura de que ya le habrían contado cosas de ella, pero al parecer si era así, a Dalia no le había importado, porque allí estaba, brindándome una sonrisa.

Debo admitir que, aunque no me gustara que hubiera otra vez una persona ganándose a la señorita, Dalia parecía diferente a las demás, al menos, no era pretenciosa y grosera conmigo.

— ¿Se encuentra la señorita, Elizabeth? — preguntó.

— Sí, señorita. Pase, en un momento le aviso que ha venido a visitarle.

— Muchas gracias.

Cuando le dije que Dalia había venido, los ojos de la señorita brillaron y sonrió de oreja a oreja, para enseguida salir a su encuentro, ordenándome que les llevara té y galletas.

Una vez que les serví, las dejé solas, pero solo me escabullí en las sombras de los pasillos de los empleados para escuchar su conversación. No hablaron nada interesante, solo de libros y al final terminaron en la biblioteca, así que yo ya no pude seguir espiando, debía de seguir con mis obligaciones, aunque intuía que la señorita, caería enamorada de Dalia.

Como me lo esperaba, la señorita y Dalia salían a menudo a pasear al pueblo y los domingos iban a misa. Después de eso, iban a comer nieve, miraban las palomas comer, al final de la tarde volvían a casa y yo junto con ellas. Esto se convirtió en una rutina, la señorita perdió todo contacto con sus antiguas conocidas y no fue invitada a las bodas de Tina y Laura. Pero ya esto para la señorita no era importante, ahora solo le importaba Dalia.

— ¿Cómo me queda este vestido? — me preguntó un día en que la habían invitado a cenar en casa de Dalia.

Me tomó por sorpresa su pregunta, ya que hacía mucho, desde que me golpeará, no había cruzado palabra con ella, ni ella conmigo. Solo se había limitado a darme órdenes como patrona y empleada. Así como yo, que únicamente miraba y me quedaba callada, y si debía hacerme sorda o invisible, también lo hacía, yo no era nadie.

La señorita me miró a la espera de una respuesta, así que yo levanté la vista y la observé.

Yo que podía decir, de mi corazón nacía decirle que era hermosa, que ese vestido no hacía más que resaltar sus encantos. Pero como una simple criada, me limitaba.

— Se ve muy bien, señorita.

Ella se volvió a mirar al espejo.

—A ti que te pregunto, que ni siquiera sabes nada de la moda o de buen gusto.

Podría no saberme los colores, pero si sabía cuándo alguien era hermosa y ella lo era pese a su arrogancia y su altivez.

Como era de esperarse, acompañé a la señorita a la cena, pero yo no me senté a la mesa con ellos, me enviaron a la cocina en donde se encontraban dos empleadas más, las cuales no cruzaron palabras conmigo, ni yo con ellas, solo nos limitamos a comer en silencio.

Al paso de los días y las semanas, la señorita se mostraba cada vez más interesada en Dalia, quien muy a menudo venía a la casa y pasaban algunas horas leyendo en la biblioteca, pero una tarde, algo dentro de mí, me hizo ir a mirar a escondidas.

Las escuché y las miré haciendo el amor, mientras mi corazón ya roto y pegado con pegamento, se volvía a quebrar al ver aquella escena. Las dos estaban desnudas sobre un sillón, sus cuerpos entrelazados bailaban la danza del amor y el rostro de la señorita era del más puro goce y felicidad.

Y entonces, odié por primera vez mi pobreza, la odié a ella y a Dalia, para, finalmente, enojarme con el creador por haberme traído a esta vida tan injusta. Salí de allí, en silencio, mientras las lágrimas escapaban de mis ojos gritando lo que mi boca callaba, lo que siempre había callado y que haría para toda mi vida.

En ese momento mejor que nada entendí, de que ella jamás me vería de la forma en que la miraba yo, que nunca sentiría lo que yo por ella, nuestras diferencias eran inmensas, tan grande como el cielo y el mar. Ella era la estrella y yo, el tonto ser humano que miraba hacia arriba solo para contemplarla, porque nunca jamás podría tenerla entre mis manos.

Cuando Dalia se fue, la señorita estaba tan feliz como nunca, cantaba y cantaba, mientras yo, lloraba por dentro, moría por dentro y todo me lo debía de guardar, porque ante los ojos de la señorita, mi vida, no tenía las mismas emociones que las de ella y eso era cierto.

Estuve deprimida unos días y lo estaba más cuando Dalia venía a casa o cuando tenía que acompañarlas a pasear, pero esa era la vida que me tocó.

La señorita ni siquiera se dio cuenta de que me había dejado crecer el cabello, ella no se fijaba en mí. Después de que me comprara ropa y zapatos, no volvió a prestarme atención. La gente del pueblo, había dejado de hablar de ella, pero de vez en cuando murmuraban de su amistad con Dalia, pero hasta ese momento nadie podía confirmar nada y aunque me preguntaban a mí cuando me veían en la calle cuando iba a hacer las compras, yo siempre les decía que no sabía nada, que la señorita y Dalia, solo tenían una buena amistad y que compartían su gusto por la lectura, nada más.

Por supuesto que yo sabía que compartían algo más que la lectura, pero de esto yo nunca jamás diría nada, porque era fiel a la señorita, me amara o no, yo la amaba y si ella era feliz con Dalia, al menos una sería feliz en la vida.

Sin embargo, una tarde en la que me encontré la criada de la casa vecina me preguntó lo siguiente:

— ¿Es cierto que la señorita Dalia se va a casar con uno de los Castañón?

La pregunta me tomó por sorpresa.

—No lo sé — le respondí.

—No te creo, ella se la pasa en esa casa.

—Sí, pero no he escuchado nada.

—Será que no le ha dicho nada a la señorita Elizabeth, porque le da miedo que se enoje.

—No lo sé.

Como era de esperarse, lo que estaba viviendo la señorita con Dalia, estaba siendo

demasiado idílico para que terminara bien. Pero yo no podía decir ni hacer nada, solo me quedaba seguir mirando y escuchando, para saber qué sucedía.

Una vez que me enteré de esto, comencé a prestar más atención a Dalia, pero ella seguía actuando normal y me imaginaba que lo hacía porque sabía que la señorita poco salía de casa, desde el escándalo, pocas veces salía sola, así que los rumores no podían llegar a ella a menos que yo se los trajera, pero como era ignorante, de mi boca no podía salir nada inteligente, solo chismes.

Una tarde del viernes, el padre de Dalia vino a casa de la señorita y hablaron un rato a solas. Como siempre, mi curiosidad, me llevó a espiar de nuevo para escuchar, qué asunto lo había llevado allí.

—Su hija ya me ha comentado — dijo la señorita.

—Me da mucha vergüenza con usted, pero necesito ese dinero.

—Entiendo. No suelo hacer préstamos a nadie, pero Dalia es mi amiga y por ella accederé a prestarle lo que me pide.

—Muchas gracias, señorita Elizabeth.

Como me esperaba, la supuesta amistad tenía pies como interés. La pobre señorita no tenía cara más que de billetes y sentí lástima por ella, al parecer nadie la quería realmente por cómo era, solo yo y no lo sabía.

La mañana del domingo, en la que íbamos a misa, la señorita miró en la entrada de la iglesia, las amonestaciones matrimoniales de Dalia con Castañón. Cuando la señorita vio esto, imaginé que le había pasado lo mismo que a mí cuando la vi haciendo el amor con Dalia, solo que yo estaba sola y en penumbra, mientras que ella, se había quedado de piedra, ante las personas que pasaban a su lado y ni siquiera se había dado cuenta de su reacción.

No podía dejarla allí y que vieran cómo se rompía y confirmaban que no era como ellos se supone, debían ser las mujeres. Por suerte, la señorita no se opuso cuando la tomé de la mano y la arrastré conmigo de vuelta a la casa. Imaginé que se encontraba en otro mundo, porque se abrazó a mí y se puso a llorar, y aunque me dolía verla así, yo no podía evitar su pena, ni ella la mía, el que me hubiera enamorado de ella.

—Me engañó — sollozó —. Me mintió.

La dejé que llorara sobre mí todo el tiempo que quisiera, aunque ya me imaginaba que después se arrepentiría de haber estado junto a mí, ya que yo no llevaba perfume ni finas colonias, solo el olor del pachulí con el que lavaba mi ropa.

Cuando solo hipaba, como pude me la llevé arrastrando hasta su habitación. Allí le quité la ropa y le puse su camisón de dormir para meterle a la cama, ya sabía yo que lo menos que ella quería era estar, de la misma forma me sentí yo el día en que la miré hacer el amor con Dalia, pero a diferencia de ella, yo no tuve a nadie que me consolara o podía darme el lujo de ponerme a llorar como la señorita.

Yo era una simple criada, la cual no podía darse el lujo de ponerse a llorar y permitirse sufrir por alguien, en esta casa, yo debía ser alguien sin sentimientos, yo me encontraba para servir, pero nadie estaba para mí. Aunque me hallaba segura de que, si hubiera habido alguien más en esta casa, tampoco se hubieran preocupado del porqué mi llanto o porque me encontraba triste.

Pero sabía que la culpa era mía por enamorarme, como no eran suficientes mis desgracias, me enamoré de quien no debía y al parecer ella había hecho lo mismo. Aunque le pasó peor que a mí, porque a ella le dieron alas y a mí ni siquiera me habían dado pie para que en mí, creciera este sentimiento.

Sus alas ahora yacían rotas en alguna parte y su corazón estaba segura, se había arrugado como una pasa, mientras la decepción se asentaba en su estómago como un golpe. Sabía estos síntomas, solo que yo no me permití sufrirlo de la manera en que ella se abandonaba al dolor y la miseria de saberse engañada. Ella fue engañada y yo sola me mentí, dos casos diferentes pero similares.

Una vez que estuvo en su cama, la dejé sola, sabía que en ese momento lo menos que deseaba era tener compañía. Ya se le pasaría en algunos días, claro que el dolor seguiría allí, como una espinita, pero se aprende a vivir con ella, no iba a morir, yo no había muerto, pero debía aprender en la vida que no todo es lo que parece.

Me puse a hacer los quehaceres de la casa, me alegraba que la señorita no fuera a ver a Dalia, sus visitas y las salidas de paseo me quitaban mucho tiempo para mis deberes. La casa comenzaba a ensuciarse más de la cuenta y eso me costaba únicamente a mí.

Por la tarde, cuando menos lo esperaba, alguien llamó a la puerta, así que algo extrañada fui a abrir. Nunca me hubiera imaginado, que Dalia, tendría el valor para volver a esta casa. Yo tenía ganas de tomarle de su bonito cabello peinado a la perfección hasta la calle y revolcarla en el lodo, pero me recordé que yo no era nadie para hacerlo, que solo era una criada que obedecía e ignoraba lo sucedía con sus patrones y sus amistades.

—Hola — me saludó.

—Hola — le respondí amable.

— ¿Se encuentra Elizabeth?

—Sí, pero me temo que no podrá verla.

— ¿Por qué?

—No se siente bien.

— ¿Qué le pasa? ¿Fue a la misa hoy?

—Fuimos, pero regresamos antes de escuchar la palabra del señor.

Cuando dije esto, Dalia se puso más blanca de lo que era y sin siquiera decirme nada, me empujó, se abrió paso sola dentro de la casa y corrió hacia las escaleras. Yo corrí detrás de ella para detenerla, pero no fui lo suficientemente rápida para lograrlo. Dalia entró a la habitación de la señorita y yo seguida de ella.

La señorita, al escuchar la entrada abrupta en su habitación, miró hacia nuestra dirección con ojos rojos e hinchados por el llanto.

— ¿Qué haces aquí? — le preguntó la señorita a Dalia.

—Yo intenté detenerla, pero...

—Déjanos solas.

—Sí, señorita.

Capítulo 10

Elizabeth

Miré en el rostro de la criada el miedo que le dio el que Dalia se hubiera colado a mi habitación, pero creo que era bueno para las dos hablar de lo que sucedía y de su engaño. Me dolió verla, porque la amaba y el engaño, era como una daga clavándose justo en mi pecho, dando en mi corazón. Para no parecer débil, me levanté de la cama en la cual la criada me había hecho llegar como si fuese una niña.

—Lo siento.

— ¿Por qué me engañaste? ¿Por qué no me dijiste que ibas a casarte? — le reclamé —. ¿Querías que me enterara de esa forma? Herirme y lastimarme de la manera en que lo has hecho ¡Pues te felicito! Lo has hecho a la perfección.

—Traté de decírtelo, pero no pude. Temía la manera en que fueras a reaccionar.

— ¿Me quieres? O solo fue una mentira para que le prestara dinero a tu padre y fingir que tienen dinero y de esa forma casarte con uno de los hombres importantes de este pueblo. Yo podría haberte dado lo mismo.

—Sabes que no puedes.

—Tal vez no podría hacerte una boda por la iglesia, pero podríamos vivir las dos juntas en esta casa, con esa criada que nunca sería capaz de decir nada de lo que seríamos tú y yo — me acerqué a ella y tomé sus manos —. Cancela la boda y sé mi mujer.

Le acaricié la mejilla, pero ella desvió la vista, en un claro gesto de que no iba a aceptarme. Furiosa, me aparté de Dalia.

—No puedo, Elizabeth, ¡Somos mujeres!

— ¡Y que! ¿A caso no disfrutaste a mi lado? Te hice mía y lo disfrutaste, no necesitas de un hombre en tu vida.

—Ya está decidido, Elizabeth.

— ¿Me amaste? — le pregunté mirándola a los ojos —. ¡Respóndeme!

Dalia no respondió y salió de la habitación tal y como había entrado. Ahora, mi dolor, se había convertido en enojo y rabia, deseándole que fuera infeliz en su matrimonio. Esta vez había sido utilizada y no hubo nadie para que me lo advirtiera.

Sintiendo todo el peso del mundo sobre mis hombros, regresé a la cama, quería dormir y no despertar. No al menos hasta lo que sentía en mi corazón pasara, hasta que el incendio que había en mí se apagara una vez que hubiese consumido todo a su paso.

La criada se limitó a venir a mi habitación tres veces al día, me dejaba lo necesario en una charola cerca de la cama y se iba sin decir palabra, era como si ella entendiera perfectamente lo que me sucedía en ese momento. Yo, que la creía una ignorante, me estaba demostrando que solo la había subestimado.

Creo que pasé dos semanas encerrada en mi habitación, sin hacer otra cosa más que sentirme triste y enojada a la vez por lo tonta que había sido. Cuando se me pasó lo que sentía, bajé a la cocina para que la mestiza no tuviera que llevarme el desayuno a mi habitación otra vez.

La casa estaba silenciosa y tan reluciente como siempre, al parecer mi amargura y mi tristeza no había llegado más allá de mi habitación, alegrándome de que solo hubiera sido a mí a quien afectara.

La mestiza no estaba a la vista, así que salí a buscarla al patio y allí la encontré, barriendo

las hojas secas de las plantas y el pasto podado por ella misma. Vestía sus viejos harapos y no los que le había comprado.

Al verla, me sentí agradecida con ella como nunca. Sin ella, estaba segura de que me hubiera quemado viva frente a la iglesia por mi reacción al ver las amonestaciones de Dalia y su futuro marido.

—Lo siento, señorita. Se me ha hecho tarde y no le he llevado el desayuno — dijo azorada cuando me vio observándola.

—Aún es temprano y he decidido tomarlo en el comedor.

—Entonces, iré a cambiarme.

—Termina de hacer lo que estás haciendo.

—Sí, señorita.

Como la hormiga trabajadora que era, se apresuró arrejuntar la basura y se fue a cambiar. Pero en lugar de dirigirse dentro de la casa, fue más allá y llena de curiosidad, la seguí para ver a donde iba. Para mi gran sorpresa, se metió en la pequeña garita de madera y lámina, que yo llamaba la casa del perro, pero que curiosamente no había uno, porque simple y sencillamente, no era la casa de un perro, sino el lugar en donde la mestiza vivía.

No era más grande que una caja de zapatos, además de que parecía ser demasiado ventilada para el invierno. Con más curiosidad, me acerqué hasta ella por primera vez, ya que solo la había mirado a la distancia por temor de que hubiera pulgas, pero ahora que sabía que no habría, caminé sin hacer ruido para ver que tenía la mestiza dentro de su morada.

Para empezar, el suelo era de tierra, no tenía piso, su cama, era un catre, de armario, había solo un mecate amarrado de un extremo de la casa a otro y de allí colgaban sus vestidos y demás ropa interior. En la mesa desvencijada que tenía, había algunas velas y un candil, al parecer tampoco tenía luz y debía alumbrarse con eso tan obsoleto, y junto a la mesa una silla vieja.

Mis ojos continuaron buscando y se toparon con una mestiza casi desnuda. Lo que me llamó más la atención y curiosidad es que, el cuerpo de la criada parecía tener dos tonos de piel. La parte de sus pechos hacia abajo, era clara, no del tono tan blanco de mi piel, pero no era tan morena como el de sus brazos, cuello y cara.

Cuando se dio cuenta de mi presencia y de que la estaba mirando, se cubrió rápidamente avergonzada y yo salí de allí como si hubiera cometido un crimen. No sé por qué me avergoncé de que me descubriera mirándola, realmente no tenía mucho que mirar, a diferencia de Dalia, ella no tenía muchos pechos, pero al menos me era fiel, en eso no podía discutirle.

Cuando la mestiza me sirvió el desayuno, estaba nerviosa y yo también, era algo tonto, pero era lo que sucedía.

Ya no volví a encerrarme en mi habitación, pero tampoco me apetecía entrar a la biblioteca, ahora ese lugar me recordaba lo que Dalia y yo habíamos vivido en esas cuatro paredes. Envidié a la criada por parecer indiferente ante las cosas de la vida, no parecía sufrir de amor ni de nada, ni siquiera le importaba vivir en un cuartucho con piso de tierra o que su piel se maltratara por el sol, ella era feliz dentro de todas sus limitaciones.

Aunque hubiera empezado a salir de la habitación, me estaba costando dormir, pasaba las noches dando vueltas en mi cama, mientras pensaba que Dalia estaba a pocos días de casarse. La mestiza me había entregado la invitación esa mañana y yo la había hecho pedazos llena de rabia y esa rabia, hizo que me pusiera de pie para bajar a la cocina, en donde me encontré con la criada limpiando.

—Pensé que ya estabas en tu cuarto — le dije.

—No, estaba terminando de limpiar la cocina, ¿Se le ofrece algo? — me preguntó.

— ¿No te aburres de hacer lo mismo cada día? — quise saber sentándome a la mesa de la cocina, aquella que era para los empleados, pero que en ese momento sentía que no pertenecía a nadie.

—A veces, pero estoy segura de que me aburriría más si no hago nada. Si estás ocupada no piensas en tonterías.

Pensé en un segundo en lo que me dijo y tenía razón, quizás eso era lo que me pasaba, que no hacía muchas actividades en el día, por eso me aburría y no tenía sueño.

— ¿Cómo te llamas?

Era la primera vez que se me ocurría preguntarle cómo es que se llamaba, nunca me había interesado por saberlo, pero al parecer, ella y yo nos pondríamos viejas y solas en esta casa, así que al menos debía saberme su nombre.

—Margarita.

No me sorprendió el saber que su nombre fuera algo demasiado común entre las mujeres de su clase, pero en ella parecía quedar bien.

— ¿Habías escuchado algo sobre la boda de Dalia? — pregunté luego de sopesar su nombre unos momentos.

Le había dado vueltas a la cabeza y estaba casi segura de que ella seguramente había podido escuchar algo, pero como la había reprendido por andar de chismosa, no me contó nada y se lo quedó guardado.

Margarita aguardó callada retorciéndose las manos en el vestido.

—No voy a enojarme — le prometí.

—Solo escuché un rumor, pero imaginé que usted ya sabría por la propia señorita Dalia de lo de su boda.

No podía reclamarle, esta vez había sido mi culpa. Yo la había tratado de ignorante y de chismosa, pero ahora, la vida me devolvía el golpe que le había dado a Margarita, de una manera más cruel y despiadada.

Una tarde del viernes en que Margarita iba a salir a hacer las compras, me ofrecí a acompañarla y ella se sorprendió de mi repentina decisión, ya que teníamos que ir andando y como seguíamos sin encontrar un chófer, ambas fuimos caminando hasta el mercado, allí, ella se encargó de comprar lo que me gustaba y todo lo que necesitaba para la casa.

Lo que me llamó la atención, fue que compro panes de más, pero hizo que los colocaran en otras bolsas de papel y los pagó ella con su dinero. Cuando íbamos camino de regreso, nos encontramos con varios niños mendigando por algunas monedas y entonces fue que comprendí lo que Margarita había hecho.

Cada niño que le pedía una moneda, ella le regalaba un pan y como pago, recibía una gran sonrisa de agradecimiento.

— ¿Por qué lo haces? — le pregunté.

—Porque yo era como ellos.

— ¿Mendigabas?

—Sí, más veces de lo que me hubiera gustado.

— ¿Tu padre no llevaba dinero a casa?

—No conocí a mi padre, mi madre quedó embarazada de mí cuando fue violada.

—Qué terrible — dije sin pensar.

—Sí, ahora entiendo por qué me trataba de esa forma. No la culpo, ni la odio por eso, comprendo que haya querido deshacerse de mí.

—No fue tu culpa.

—Pero desgracié su vida.

—Pero tuvo más hijos.

—Sí, con el hombre borracho con el que se juntó y le hizo dos hijos, los cuales yo cuidaba.

— ¿Pero por qué mendigabas?

—Porque yo no era su hija, así que debía buscar mi propia comida.

—Pero ayudabas a cuidar de sus hijos.

—Pero ese era un pago por dejarme vivir bajo su mismo techo.

Ahora entendía mejor por qué Margarita tenía ojos azules, así como también comprendía que estar en nuestra casa la sentía como un palacio, pues no tuvo que volver a mendigar, ni sufrir maltratos.

Capítulo 11

Margarita

Si se preguntan por qué era feliz en la casa de la señorita como una criada sin sueldo, la realidad es que allí me sentía en un palacio, a diferencia de dónde provenía que dormía en el suelo y sin más cobijas que los perros flacos que teníamos. Aunque durmiera en un pequeño cuarto de madera con techo de lámina con piso de tierra y tuviera dos comidas al día, ahí me encontraba como una reina, así fuera nada más que alguien insignificante.

Antes de llegar a aquella casa, cuando escuché que me habían vendido por unas monedas a un señor muy rico, lloré y rogué para que no me entregaran. Pero mi llanto, no ablandó el corazón de mi madre, ella y él, solo deseaban el dinero. Aunque les prometí llevar más monedas, ella me dijo que no quería volver a verme porque era el recordatorio de su desgracia.

Por eso, cada que veía un niño mendigando en la calle, le daba un pan, porque sabía que, llegando a su casa, no le darían ni siquiera un plato de frijoles y le arrebatarían el dinero conseguido. Sabía de pobres que no eran desalmados con sus hijos, pero había algunos, que solo se importaban ellos mismos.

Cuando llegamos a casa, luego de hacer las compras en el mercado, la señorita quiso que le contara todo desde mi llegada, era la primera vez que se mostraba interesada en mí, así que me invitó a sentarme a la sala en la que recibía a sus invitados.

— ¿Lloraste cuando llegaste aquí la primera vez?

— Me la pasé llorando durante todo el camino cuando veníamos para acá. Era como si viniera a un mundo desconocido y tenía miedo de lo que pudiera pasarme.

— ¿Mi padre te trató mal? — preguntó con gran interés.

— No, más bien era indiferente.

— ¿Y qué pasó después?

— Cuando llegamos aquí seguía llorando y su padre dijo, denle de comer a esa niña, llora como un perro hambriento, en cuanto coma y esté llena, se dormirá. Será como un perro que cuando le den todas sus comidas se acostumbra rápido y no deseará volver a casa.

Sin duda la señorita había salido a su padre, con su manera en particular de describir a las personas y de ser despectiva.

— ¿Y de verdad tenías hambre?

— Aunque me duela admitirlo, tenía, además de miedo, mucha hambre y sí, en cuanto comí, me quedé dormida. Así como fue cierto de que, al tener dos comidas diarias, comencé a ya no extrañar mi casa, a mi madre y a mis hermanos. Me estaba yendo mejor que con ellos.

Había cambiado de vida, no para dejar de trabajar, eso aún lo sigo haciendo, pero tenía comida segura y un techo. Ya no tenía que mendigar en la calle por comida o monedas.

— ¿Tú eras aquella niña con la que yo solía jugar a veces?

— Sí, señorita.

— Me hubiera gustado tener hermanos, pero mi madre ya no pudo y ya ves, murieron en medio del mar, dejándome sola — me miró con intensidad —. Estamos solas, Margarita, ¿No te da miedo?

— No, siento que toda mi vida he estado sola. No tengo tiempo para sentirme de ese modo.

— A veces quisiera ser como tú, indiferente a los demás, sin sentir amor por nadie.

— ¿Por qué piensa que soy indiferente y no siento amor por nadie?
— Al ser de otra manera, ya te hubieras enamorado y escapado con alguien.
— El problema es que de la persona de la que me he enamorado, jamás podrá hacerlo de mí.

La señorita me dirigió una mirada llena de curiosidad, al tiempo que una sonrisa malvada cruzaba su bonita cara.

— ¿Quién es? ¿Lo conozco?
— Puede que la conozca mejor que nadie, casi como la palma de su mano, pero nuestras diferencias sociales jamás harán que ella se fije en mí.

La señorita me miró con grandes ojos al tiempo que abría la boca mostrando su sorpresa. Creo que nunca había esperado que fuera como ella.

— ¿También te gustan las mujeres? — me preguntó.
— No, solo me gusta ella.
— Pues deberías olvidarte de ella y buscar alguien de tu misma condición.
— Me temo que será imposible, mis ojos solo pueden verla a ella.
— Entonces olvídate de ella.
— Eso es lo que estoy intentando.
— Lo mejor es que no te enamores de nadie.

Una vez que acabé de contar mi historia, volví a mis obligaciones, mientras ella se quedó sentada allí. Parecía distinta conmigo, pero solo un poco, quizás se debía a que había vuelto a quedarse sola, incluso me lo había dicho, aunque imaginaba que solo sería pasajero, en algún momento, ella volvería a encontrar a otra persona de la cual enamorarse y vivir una nueva aventura, para que más tarde le volvieran a romper el corazón y yo tendría que estar a su lado para cuidarla.

Los días transcurrieron y la señorita se la pasaba detrás de mí, para insistir en que podía ayudarme con los quehaceres de la casa, pero en lo más que podía ayudarme, era solo en barrer y limpiar las escaleras. No obstante, se quejaba de que eran demasiado grandes y largas para darle brillo, entonces yo tenía que hacerlo sola, mientras ella me observaba con las manos detrás de la espalda.

Dejamos de ir a misa y tampoco fue a la boda de Dalia, éramos dos mujeres solas en esa enorme casa, tanto que cuando el otoño llegó y el frío comenzó a hacer estragos en mi humilde morada, me dijo que podía quedarme en la habitación que había junto a la cocina y yo se lo agradecí enormemente, pues parecía que ese invierno iba a ser bastante fuerte.

Diciembre había iniciado y con ello todo el pueblo dio pie a las decoraciones, incluso la señorita y yo pusimos un enorme pino. Solo que este año, sería muy distinto, pues antes, debajo del árbol, solían encontrarse tarjetas navideñas de conocidos y amigos de la señorita, pero esta vez, solo se hallaban la de los que administraban y cuidaban sus negocios.

Nadie la visitaba y ella tampoco envió felicitaciones a nadie, ni tarjetas. Para mí, esas fechas era como verlas a través de un cristal, yo no tenía a nadie con quien celebrar o pasar esos días, siempre he sido la criada y para mí era un día más, al igual que mi cumpleaños, que no sabía que mes era, pero sabía que me hacía mayor porque iniciaba un año nuevo y eran los que yo iba sumando de vida.

— ¿Qué haces en estas fechas? — me preguntó una noche mientras cenaba en completo silencio.

— Lo mismo de siempre, señorita.
— Qué vida tan tediosa la tuya, creo que ya me hubiera muerto del aburrimiento y del

agotamiento.

Como era de esperarse, la señorita me pidió que horneara un pavo para Nochebuena, era lo que todos, en su mayoría del estatus de la señorita, harían para su cena familiar, solo que, en esta casa, únicamente cenaría ella sola. Aun así, yo arreglé la mesa como si esperáramos a varias personas.

— ¿Ya está el pavo? — me preguntó entrando a la cocina,

La señorita se había puesto un vestido nuevo, hacía un tiempo que había dejado de pedirme ayuda para vestirse, ahora lo hacía sola y ya no peinaba demasiado su cabello. Había optado por llevarlo suelto, de la manera en que a mí me gustaba verla.

—Sí, señorita.

—Entonces sirve dos platos, cenaré temprano.

—Sí, señorita.

Al parecer, al final del día iba a tener una visita. Tal y como me pidió, puse la mesa para dos personas.

— ¿Qué esperas para servir?

—Su invitado aún no llega.

—Cual invitado, tonta. Tú eres quien se va a sentar conmigo.

Yo la miré con asombro.

—No me mires así, sirve y acompáñame a cenar esta noche. Eres más fiel que cualquier otra persona que haya conocido a lo largo de mi vida.

Con mi corazón palpitante, serví para ambas y me senté en su misma mesa, incrédula de lo que estaba pasando esa noche.

Sin mucha ceremonia o dar gracias al señor por los alimentos, ella comenzó a comer y yo también empecé a hacerlo, tratando de hacerlo lo mejor posible, ya que ella comía con cubiertos y yo, a menudo, no necesitaba de ellos, mis dedos y una cuchara eran suficientes para hacerlo. Sin embargo, ella se dio cuenta de que lo mío no era comer con fineza.

—Come como normalmente lo haces — me dijo al ver qué luchaba por intentar comer con cubiertos —. No tienes por qué fingir quién no eres, te conozco y me conoces. No hay nada que ocultar entre nosotras.

Eso era cierto, yo sabía sus debilidades y ella las mías, así que sin necesidad de preocuparme más por cómo comer, dejé de lado los cubiertos y cené a mi manera. Después de la cena, que se me pasó demasiado rápido, tuve que levantar todo y lavar los trastes sucios. Minutos más tarde, la señorita me invitó a ir con ella al salón en donde hiciera sus fiestas, hacía mucho que ella no ponía un pie allí, pero esa noche al parecer sentía ganas de revivir viejos recuerdos.

Puso música y pidió le sirviera una copa de vino, luego me invitó a una a mí también, pero apenas darle un trago, comencé a toser por lo fuerte que me supo y ella se rio por primera vez en muchos días.

—Eres todo un caso, Margarita — dijo mirándome con atención.

No dije nada y ella continuó bebiendo vino mientras escuchábamos la música. En determinado momento, se puso de pie y caminó hasta donde yo me encontraba sentada. Me tendió una de sus blancas, delgadas, suaves y bonitas manos femeninas.

—Baila conmigo — me propuso.

Yo la miré incrédula, pero sus ojos verdes brillaban como dos estrellas en medio de la oscuridad y yo no pude negarme a mi soñado y deseado anhelo de bailar con ella. Sin dudar tomé su mano y me puse de pie, ella me tomó de la cintura y su otra mano se unió a la mía para comenzar a danzar por todo el salón.

Ella bailaba a la perfección y yo solo la seguía, mientras sus ojos hechiceros estaban puestos en los míos, mirándome fijamente cómo nunca antes lo habían hecho. No sé cuántas melodías bailamos, solo sé que la señorita estaba sonriendo conmigo, creo que me sonreía a mí y mi corazón bailaba tanto o más que nosotras dentro de mi pecho.

—De no ser una criada, creo que te haría mi mujer — me dijo.

Al escuchar aquello, me sonrojé y trastabillé. Dejamos de movernos y ella se carcajeó, se estaba burlando de mí. Me olvidé de mantener mi cara de indiferencia y ahora ella, como la experta que era en mujeres, había visto a través de mí lo que yo sentía por ella. Con la cara hirviendo de vergüenza me alejé de ella y salí corriendo de allí.

Capítulo 12

Elizabeth

La pobre salió corriendo de mí, pese a que siempre esconde su rostro, hoy, por fin, me ha dejado ver de quién está enamorada. No fue difícil descubrirlo, pues desde que le pidiera bailar, noté como aquellos ojos azules se volvían cálidos y soñadores, expresando todo lo que su boca no era capaz de decir.

Lo que le dije que si no fuera una criada la haría mi mujer, era cierto. Pese a todas sus cosas, era guapa a su manera y, sobre todo, me era fiel, tan fiel como un perro. El tipo de persona que es capaz de hacer cualquier cosa por el ser a quien ama.

Pero, Margarita era una mujer ignorante, no sabía leer, ni escribir, su buen corazón no era suficiente para mí. No estaba a mi altura.

Al día siguiente, Margarita, estuvo más reservada y no me mostraba la cara, además de que notaba que había tristeza y me rehuía cada que intentaba acercarme. Ahora era como un gato huraño y aunque anoche mi vanidad me había hecho burlarme de ella, ahora ya no me gustaba lo que sucedía. Ella era la única persona que tenía y si Margarita se iba, se marchaba, me quedaría completamente sola.

—Espera, Margarita — le dije tomándola de un brazo cuando estaba por salir dela cocina. Pero ella seguía sin mirarme —. No quería burlarme de ti ayer. Lo siento.

—Para usted es muy fácil burlarse de mí y de lo que siento por usted — explotó, esta vez sus ojos azules estaban oscuros y tristes —. Yo siempre he tenido en claro que usted, nunca podría querer a una criada pobre como yo, que ni siquiera sabe leer y escribir. Nunca olvido cuál es mi lugar en esta casa y en su vida. Sé que no soy el tipo de mujer que a usted le gusta. No tengo vestidos bonitos, ni peinados a la moda, no tengo manos suaves, ni nada de lo que usted aprecia en otras mujeres. Sé que no soy esa mujer.

Tras lo que escuché la dejé ir, al parecer no estaba muy abierta a perdonarme esta vez. En esta ocasión la había herido y lastimado más de la cuenta. Se me había pasado la mano y no se lo merecía, no ella, que era lo único que me quedaba en esta casa y en mi vida.

—Margarita, ¿podemos hablar? — le pregunté cuando la encontré limpiando afanosamente la cocina que ya relucía de limpia.

No me respondió nada, continuaba moviéndose y sin siquiera detenerse para escucharme.

—Disculpame, Margarita. No debí burlarme de ti y de tus sentimientos.

—No, y, sin embargo, lo hizo.

Me sorprendió que me respondiera, nunca era altanera, pero la había herido en lo más profundo.

— ¿A usted le gustó que Dalia se burlara de sus sentimientos mintiéndole?

—No — murmuré.

—Pues eso es lo que ha hecho conmigo.

— ¡Perdóname! — le pedí una vez más tomando sus manos —. No quiero que te vayas, eres lo único que tengo.

—No me iré, ¿A dónde iría? Yo tampoco tengo nada.

—Te enseñaré a leer y a escribir — le dije y ella me miró a los ojos —. Te lo prometo — le aseguré sosteniéndole la mirada.

— ¿De verdad?

—Sí, de verdad. Mañana empezaremos.

Esa tarde fuimos a comprar lápices y hojas para que comenzara su aprendizaje. Margarita estaba más que emocionada de empezar a aprender y yo, esperaba ser una buena maestra para ella y no me desesperara. Ya que debía admitir que la paciencia no era lo mío.

Para mi sorpresa, Margarita era más inteligente de lo que creí, a pesar de que sus manos no eran las de una dama, no escribía tan mal para ser la primera vez que tomaba un lápiz entre sus manos. Se estaba esforzando mucho para aprender y no hacerme enojar.

La miré con atención mientras hacía una plana en un cuaderno con su nombre. Ella no tenía la culpa de haber venido a este mundo y no ser educada, ser producto de una violación y que su madre la vendiera a mi padre porque no la quería. Por primera vez, me puse en sus zapatos y en lo que debió de sufrir cuando fue apartada del mundo que conocía, aunque vivía llena de precariedades, estaba acostumbrada a esa vida y no entendía de otra mejor.

Yo ya no tenía familia, pero ella, a diferencia de mí, Margarita la tenía en alguna parte. Sin embargo, al ser vendida, era como si la hubiesen enterrado en vida para nunca más saber de ella. Yo no sé qué hubiera hecho de haberme pasado algo así.

Al paso de los días y sin esperármelo, me encontré conviviendo con Margarita de una manera en la que no lo había hecho nunca con una persona de su clase y descubrí que era el ser humano más sincero que hubiera podido conocer a lo largo de mi vida y con la cual, yo me podía mostrar tal cual era, porque ella conocía quien era yo en realidad.

Dejé de juntarme con personas de mi misma clase social y desistí de ir a misa. El padre de Dalia no me pagó el dinero que le presté y no es que me hiciera falta, pero ahora veía que muchos se acercaban a mí, solo para ver que podían obtener. En cambio, Margarita, ella que llevaba mucho tiempo trabajando en esta casa, jamás me había pedido nada, ni siquiera ahora que éramos como una especie de amigas lo hizo.

Una tarde, en la que Margarita se encontraba leyendo en voz alta para mí, tocaron a la puerta de la casa. Era muy raro, ya que pocas veces lo hacían y si sucedía, era el cartero que venía a dejarme cartas de los hombres que se hacían cargo de mis negocios. En esta ocasión era una mujer que no parecía ser de procedencia humilde como Margarita, esta tenía un aspecto casi como el mío, pero las circunstancias la habían llevado a doblegar y agachar la cabeza.

—Es una mujer que busca trabajo — me informó Margarita.

—Pero ya no nos hace falta nadie, contigo es suficiente y te las arreglas muy bien.

—Sé conducir — dijo la mujer como último recurso, cuando me escuchó decir eso.

La miré recelosa, pero ella me sostuvo la mirada.

—Puedo demostrárselo.

—Bien, vamos. Tú también, Margarita. Si muero, morimos las tres.

Margarita me miró con ojos de espanto, pero nos acompañó. La mujer no mentía, encendió el auto sin problema y condujo por las calles como si fuera en bicicleta. Por fin había encontrado un chófer para ya no andar caminando con el morral de las compras.

—El trabajo es tuyo — le informé cuando bajamos del auto.

—Muchas gracias — dijo con alivio —. Pero... me gustaría pedirle un favor.

—Si está en mi poder, por supuesto.

—No tengo a dónde ir y...

—¿Quieres que te dé alojamiento?

La mirada de Margarita estaba fijamente puesta en mí, sus ojos me pedían lo que su boca no articulaba. Seguramente aquella mujer era otra como nosotras, sola y sin tener a dónde ir.

—De acuerdo, te puedes quedar en un cuarto que está detrás de la casa. Margarita,

enséñale.

Pero en lugar de hacer lo que le pedí, ella se acercó a mí y en voz baja me dijo:

—Ese cuarto es muy frío en esta época. Yo puedo volver a quedarme allí y ella ocupar la que tengo ahora. Yo estoy acostumbrada, ella claramente se ve que no.

Yo la miré con incredulidad, no podía creer que estuviera dispuesta a dejar su comodidad recién adquirida para dársela a otra persona.

— ¿Por qué eres así?

— ¿Cómo? — preguntó confundida.

—Porque siempre eres tan... Buena.

—No soy buena, solo hago lo que creo, me parece correcto para las personas que, como ella, se ve que nunca han sabido lo que es sufrir.

Odiaba lo que Margarita estaba haciendo conmigo, pero no podía permitir que volviera a ese cuartucho que parece vivienda de perro. Podría enfermarse al pasar frío allí y ella era todo lo que tenía.

—Dale la habitación que ocupas en este momento y tú, puedes ocupar cualquiera de las habitaciones de arriba. Igualmente, nadie las usa.

—Gracias, señorita.

Y sus ojos azules brillaron como estrellas y me sentía extraña cuando esa mirada me sacudió por dentro.

No podía estarme pasando. No de ella.

Capítulo 13

Margarita

No esperaba muchas cosas por las que la señorita Elizabeth me hizo pasar, pero pese a su cara fea, tenía una buena, como toda persona, solo que hasta hace poco ni yo ni ella había sido capaz de verla.

Su burla me dolió más que mil puñales clavados en mi corazón, pero buscó la manera de pedirme disculpas, pese a su arrogancia y egoísmo. Entendió que había hecho mal y, sobre todo, temía a que yo la dejara.

A pesar de todo, no podía entender por qué ella se aferraba a mí, más que a cualquier otra persona que hubiera tenido antes en su vida. Aunque yo me hiciera a la idea de que no era para mí, ella parecía demostrarme lo contrario con sus acciones.

Pues me enseñó a leer, a escribir y a contar. Lo que no creí posible nunca en mi vida, Elizabeth lo hizo posible en semanas. La noté que estaba complacida de que aprendiera rápido y cada que me ponía a leer en voz alta, me equivocaba menos.

Lo que, si no me esperaba, era que me ofreciera una habitación de las de la segunda planta. Eso sí que nunca lo vi venir, estaba siendo demasiado complaciente conmigo e incluso con Regina, la que sería la nueva conductora. La cual, por cierto, claramente se notaba que no era de mi misma clase social, sus ropas eran parecidas a la de la señorita y también iba peinada como antes lo hiciera Elizabeth.

Una vez que la señorita la aceptó, luego de pasar la prueba de manejo y no nos matara a las tres, la llevé hasta la habitación que hasta ese día yo había ocupado. Por suerte no tenía muchas cosas para mover.

—Espero te encuentres cómoda — le dije dejándola entrar a la alcoba.

Regina la miró y vi como sus ojos castaños, revisaban la estancia de arriba abajo, seguramente no era a lo que estaba acostumbrada, pero sería peor vivir en la calle.

—Eso espero ¿Son tus cosas? — quiso saber cuándo tomé mis vestidos.

—Sí, pero ya me los llevo para que no hagan estorbo.

— ¿Es cierto lo que dicen de tu patrona?

— ¿Qué dicen? — pregunté mirándola a los ojos.

—Que es una perversa desviada a la que le gustan las mujeres y que por eso nadie quiso trabajar con ella luego de que sus trabajadores se fueran.

—Si vas a hablar mal de la persona que te va a dar de comer y tener bajo su techo, será mejor que te vayas. Si vas a quedarte, no deberías hablar de esa forma.

— ¿Eres su amante? — preguntó mirándome con ojos llenos de malicia.

—No soy su amante — dije firmemente mirándola a los ojos para que no le quedara duda.

— ¿Entonces porque te quedaste? ¿Por qué la defiendes de esa manera?

—Porque, al igual que tú, no tengo a dónde ir y ella no es tan mala. No creas en todo lo que te dicen.

—Ya el tiempo dirá si es verdad lo que dices.

Regina siguió observándome y a mí me estaba inquietando su manera de mirar.

—Tú no eres como yo ¿Por qué dejaste tu vida de niña rica? — pregunté para distraerla y para de ese modo ser tan ponzoñosa como ella.

—Por enamorarme de quien no debía.

—Parece que el amor hace que algunas personas no tengan el poder de pensar cuando se enamoran — dije pensando en Elizabeth.

—No es eso, lo que pasa es que le crees a todo lo que dice ¿Nunca te has enamorado?

—Claro que sí, pero no he llegado a ese punto de estupidez. Además, de quien me he enamorado jamás se fijará en mí.

— ¿Es de clase alta?

—Sí.

—Esos son los peores — habló con rencor —. Me enamoré de un hombre que era casado y me engañó diciendo que era soltero.

Sus ojos comenzaron a llenarse de lágrimas, mientras sus manos las volvía en un puño llena de rabia.

—Mi padre se enteró y me corrió de la casa.

—Lo siento mucho.

—El muy cobarde nunca dio la cara, se escondió como la rata que es.

Una vez que dejé a Regina en sus aposentos, tomé mis cosas y me las llevé arriba, en donde no me decidía por cuál habitación tomar. Yo deseaba alojarme en la que estaba junto a la señorita, pero sería muy obvio lo que sentía por ella, además de que provocaría aún más la curiosidad y los malos pensamientos de Regina. Lo mejor era estar retirada y así no causaba problemas.

— ¿Solo un plato? ¿No vas a cenar? — me preguntó la señorita cuando miró que solo estaba puesto el lugar de ella sobre la mesa.

—Lo haré en la cocina.

— ¿Lo haces por ella? — yo asentí —. Deja que coma ella sola allí, tú comes conmigo.

Me le quedé mirando y ella puso los ojos en blanco.

—Has lo que quieras, esta vez no voy a ceder. Te estás aprovechando de mí y no te lo voy a permitir.

Ciertamente, no cedió el primer día ni el segundo, pero sí que lo hizo al sexto día. Regina se sentó a la mesa con nosotras y a diferencia de mí, ella sí que sabía comer con cubiertos, además de que mantuvo una conversación con la señorita.

A pesar de que Regina fue contratada para conducir, para modo de ganarse de mejor manera su sueldo, la comida y el techo que le daba la señorita, tuvo que empezar a ayudarme en los deberes de la casa. Debo decir que fue de gran ayuda, al menos era más capaz que la señorita para hacer algunas tareas. Por ejemplo, a Regina se le daba más la cocina, así que hacer las labores comenzó a hacerse menos pesado.

A pesar de que ahora la señorita y yo, estábamos más cerca que antes a la hora de dormir, no cruzábamos palabras, ni nos habíamos visitado en nuestras habitaciones. Seguíamos siendo diferentes, aunque debía admitir que la señorita ya no era como antes, me gustaba más la Elizabeth de ahora, aunque siguiera manteniendo sus aires de mujer orgullosa y pretenciosa.

Una noche, en la que estaba por acostarme, luego de terminar mis deberes a lado de una Regina que no se veía muy bien últimamente, llamaron a mi puerta, así que de inmediato fui a abrir, encontrándome con una Elizabeth en camisón de dormir.

— ¿Qué se le ofrece, señorita? — le pregunté al verla.

—Nada, solo quería saber sobre Regina ¿Qué sabes de ella?

La miré con recelo.

—Ya sé que no eres lo que aparentas ser, que eres mucho más astuta que yo. A veces —

reconoció.

Le sonreí y ella me devolvió la sonrisa, me senté en la cama y la invité para que me acompañara, la señorita no lo pensó mucho y se acomodó a unos centímetros lejos de mí, mientras me miraba a la espera de lo que sea que tuviera que contarle sobre Regina.

— ¿Y bien?

— Pues como habrá notado, es una niña rica como usted.

— Eso ya lo sé, pero ¿Por qué ha caído tan bajo?

— Porque se enredó con un hombre casado, ella no lo sabía y su padre se enteró de esta deshonra y la corrió de la casa.

— Otra tonta que cae del cielo por amor.

— Eso parece.

— ¿Crees que se le irá a pasar el coraje a su padre?

— No lo creo.

— ¿Crees que, de vivir mis padres, me obligarían a casarme con el hombre que ellos eligieran?

— Probablemente, sí.

— Entonces es mejor que hayan muerto antes de que yo fuera una mujer adulta.

— Pero ¿No los extraña?

— A veces, pero si me iban a decir con quién debía casarme, es mejor que estén muertos. De no ser así, quizás, tal vez, a lo mejor — sonrió —. Me hubiera ido.

— ¿A dónde? ¿No le hubiera dado miedo?

— Me hubiera dado terror atarme a un hombre sin amor.

— Eso es terrorífico — dije y ella sonrió.

— ¿Escaparías conmigo?

— ¿Qué? — pregunté confundida.

— ¿Que si hubieras escapado conmigo? ¿Me hubieras acompañado?

— ¿Hubiera querido que la acompañara? — le pregunté y ella asintió —. ¿Por qué?

— Porque sin ti no sabría qué hacer, te necesitaría. Además, eres la única capaz de enseñarme a sobrevivir en un mundo en el que no tenga dinero.

La señorita se acercó un poco más a mí, me tomó las manos y me miró a los ojos. De pronto, su rostro estaba muy cerca del mío y entonces dejé de respirar. Mi corazón comenzó a palpar rápidamente, pero cuando los labios de la señorita se posaron suaves sobre los míos, sentí que moría y revivía al mismo tiempo.

— Hasta mañana, Margarita — susurró cerca de mi boca.

Sus ojos verdes brillaron y yo me quedé allí sin siquiera poder moverme. Permanecí pasmada, después de aquel beso que me dio la señorita y el cual, jamás me esperé recibir. Pasó un buen rato antes de que yo pudiera moverme y me mantuve de piedra procesando lo que acababa de pasar con Elizabeth en la habitación, tanto así, que se me fue el sueño.

Aunque apagué la luz de la habitación, el sueño no vino a mí, solo podía pensar en el beso que la señorita me dio y mis dedos, acariciaban mis labios como si con eso, fuera a regresar el tiempo, el instante en el que ella me besó.

A la mañana siguiente me sentía extraña, no sabía cuál sería mi reacción al ver a la señorita después de su beso. Estaba nerviosa y todo se me caía de las manos, tanto, que Regina, se burló de mí.

— Hoy traes manos de atole — me dijo riendo al verme recoger las cosas del suelo.

Servimos el desayuno y la señorita se comportó como siempre, aunque yo deseaba que

tuviera un gesto distinto al de todas las mañanas, pero ella continuó igual. Entendía que no hiciera nada diferente, pues con Regina a nuestro alrededor, era difícil que la señorita, siendo como era, se ablandara como un bolillo remojado en café caliente.

Esa noche, la señorita volvió a entrar a mi habitación. Se coló como un gato silencioso en medio de la noche, no me la esperaba, pero sí que deseaba que ella estuviera allí, para que volviera a regalarme otro beso como el de anoche.

Pero me puse nerviosa apenas verla caminar hacia mí, que me quedé otra vez de piedra mirándola cómo una lela y ella me mostraba una sonrisa que, hasta entonces, solo había dedicado a sus conquistas, era aquella con la que sabía derretía más que el calor de la vela a la cera.

—Veo que te has dejado crecer el cabello — dijo cuando estuvo delante de mí y llevaba sus manos a mi pelo para acariciarlo —. Te ves mejor así, más femenina.

—Gracias — musité.

Al menos se había dado cuenta de que dejé crecer mi cabello. Si lo había hecho, fue solo y únicamente para gustarle a ella y al parecer había funcionado.

— ¿Te pongo nerviosa?

Sus ojos verdes volvían a brillar con esa dulce malicia que me encantaba y me hacía tener miedo a la vez.

—Un poco — murmuré

— ¿Por qué?

—Es demasiado hermosa — confesé.

Una sonrisa cruzó en su rostro, una llena de satisfacción y que le alimentaba ese ego de ser superior y guapa ante cualquiera.

—Lo sé — respondió con esa arrogancia suya.

No podía evitar que, a pesar de que me gustara, su forma de ser tan engreída y pretenciosa, me cayera mal. Odiaba esa parte de ella, pero también era esa la que le daba su encanto y personalidad. Esa forma de ser tan suya y única.

Sus ojos verdes me sostuvieron la mirada con intensidad y yo contuve el aliento, me estaba mirando de la misma forma en que ayer lo hizo. Eso me hacía tener el presentimiento de que ella pretendía besarme otra vez. En esta ocasión, acercó su cuerpo junto al mío y si antes se me había cortado la respiración y detenido el corazón, esta vez sentía que me iba a morir y sin exagerar.

La señorita acarició mi mejilla y yo me estremecí ante el suave tacto de su mano. Creo que era la primera vez que alguien me profesaba una caricia, así que cerré los ojos, ya que no sabía cuánto podía durar la felicidad, pero quería disfrutarla al máximo. Pues no tenía el conocimiento de cuándo la señorita podría cambiar de idea y terminar con lo que sea que le estaba cruzando por la cabeza.

La caricia de la señorita demoró más de lo que imaginé, porque sus dedos se deslizaron lentamente por mis labios y después de esto, su boca se posó en la mía de nueva cuenta. En esta ocasión, mis labios se movieron con los suyos, no fue como anoche, que me quedé de piedra. Esta vez quería probar sus labios, entregarme al deseo que ella sentía y sin pensarlo, también acerqué mi cuerpo al de Elizabeth.

Sin embargo, cuando sus manos abandonaron mi rostro para descender por algunas partes de mi cuerpo, me dio miedo y me alejé de ella rápidamente.

—Lo siento — se disculpó —. Me emocioné.

—Yo... Nunca...

—Entiendo, nadie ha deshojado esta linda Margarita — dijo acercándose a mí otra vez y

me dio un beso en la mejilla —. Hasta mañana.

Y salió de la habitación, mientras yo volvía a quedarme temblando y sin poder dormir. Todo era su culpa.

Capítulo 14

Elizabeth

Mi estado de celibato me estaba pasando factura. Tras meses sin divertirme y semanas sin tener sexo, tenía la necesidad de estar con alguien, pero dado que las personas que me rodeaban eran falsas, buscando solo el interés, no tenía más a quien recurrir que a Margarita, con la cual, últimamente, estaba siendo muy complaciente, pero había hecho bien en hacerlo.

Sabía que Margarita estaba enamorada de mí y lo estaba hasta los tuétanos, por eso es que me era tan fiel, tanto como lo es un perro a su dueño y aunque no me gustara admitirlo, algo extraño me comenzaba a suceder cada que la miraba sonreír.

Sin embargo, sabía que no era amor. No podía enamorarme de alguien como ella, así que no venía mal aprovecharme un poco de lo que ella sentía por mí para acostarme con ella. Solo sería una aventura como todas las demás.

Así que, sin pensarlo mucho una noche, me decidí a ir a su habitación, estaba decidida a probar con un primer beso. Si no me gustaba, no insistiría, pero si me gustaba la sensación, volvería la noche siguiente para seguir probando.

Una vez en su habitación, para mi sorpresa, me encontré hablando con ella de cosas que nunca antes me había planteado sobre mi vida, si mis padres siguieran vivos. Hasta ahora, siempre pensé y creí que era absoluta, pero de seguir ellos vivos, estaba segura de que hubiera tenido que ceñirme a sus reglas y nada de la vida que conocía hasta ahora, hubiera sido posible. Probablemente, hubiera tenido que rebelarme y escaparme. Cuando le dije a Margarita que le pediría que me acompañara en mi escape, no era mentira, eso hubiera sido verdad de haber sucedido de esa forma.

Ella era en la única persona que hasta el momento me podía permitir confiar casi con los ojos cerrados. Por eso, el convertirla en mi amante me resultaba tan tentador, nadie mejor que ella para guardar mi secreto. Nuestro secreto. De ese modo, al estar con ella la mantendría feliz y nunca más iba a desear irse de mi lado.

A pesar de mi seguridad y de creer que tenía todo bajo mi control, su intensa mirada de ojos azules me puso nerviosa, pero no lo suficiente para perder el valor de atreverme a acercarme a ella para rozar sus labios con los míos. Por suerte, mi encanto y mis años de práctica con mujeres, me sirvió para dejar a Margarita sin habla y sin aliento. Una completa estatua de piedra, fue en lo que se quedó sentada en su cama cuando salí de su habitación.

Mientras que yo, no me podía creer la forma en que sus ojos me hicieron sentir. No fue nada parecido a lo que antes había experimentado con Dalia o con otras mujeres, lo que sentí ante sus ojos de fascinación e ingenuidad, me hicieron sentir tan débil como ella y creer que era de verdad amada con sinceridad.

Como era de esperarse, al día siguiente, la pobre se notaba muy distraída, andaba en las nubes y me daba no sé qué verla al observar que todo se le caía de las manos. Tampoco comió demasiado y tuve que fingir no percatarme de que sus ojos azules me miraban más de la cuenta. Si hubiéramos estado solas, quizás le hubiera devuelto las miradas, pero con Regina, entre nosotras, debíamos de ser muy cuidadosas, ella era claramente como la mayoría de las personas de las cuales me había alejado y estaba segura de que no dudaría en ir por allí, regando chismes de nosotras.

La noche siguiente, estaba por acostarme, cuando de pronto, el recuerdo de los ojos

azules y asustados de Margarita, vinieron a mi mente tan de repente que me llevé los dedos a los labios. Su boca, quería probar una vez más su boca, para cerciorarme de que no me gustaba y sin pensarlo demasiado, llevada por mi repentino impulso, entré a su habitación sin tocar. No hacía falta que me tomara esa molestia, ella y yo éramos las únicas que estábamos allí y Margarita aceptaba todo de mí.

La encontré de pie mirando hacia la puerta, justo por donde yo acababa de entrar. Noté su nerviosismo, pero también su emoción por el que yo llegara. Como la noche anterior, se quedó sembrada donde estaba, solo mirando cómo me acercaba a ella y al verla tan hechizada por mí, la besé en los labios sin más.

Para mi sorpresa, Margarita me devolvió el beso y a diferencia de sus manos y de lo rústica que podía ser, sus labios, se movieron dulcemente sobre los míos, pero al mismo tiempo con un deseo que nunca nadie había demostrado a la hora de besarme. Ella, provocó en mí que mi deseo de tomarla, fuera instintivo y cuando Margarita se dio cuenta de lo que pretendía al sentir mis manos por su delgaducho cuerpo, se apartó de mí con miedo. Obviamente, no estaba preparada, pero yo, sabía en ese momento que quería hacerla mía.

—Lo siento — me disculpé —. Me emocioné.

—Yo... Nunca...

—Entiendo, nadie ha deshojado esta linda Margarita — dije acercándome a ella otra vez y le di un beso en la mejilla —. Hasta mañana.

Y salí de la habitación, mientras la dejaba temblando. Entendía perfectamente lo que le sucedía en ese momento, porque alguna vez yo estuve asustada como ella, pero una vez que me entregué al placer y al deseo de otra mujer, no hubo marcha atrás para mí.

Sabía que Margarita tenía miedo, pero al mismo tiempo, también tenía ganas de entregarse a mí. Debía ir con calma, para tenerla por completo. Nada me daba más emoción que seducir a una mujer y gracias a Margarita, volvía a sentirme viva, ahora esperaba que mi juego con ella demorara. Volvía a respirar tranquila al darme cuenta de que no era enamoramiento lo que había sentido.

Se me hizo costumbre ir a la habitación de Margarita todas las noches y ella me esperaba con la misma emoción del primer día, tanto, que me contagiaba, haciendo que mi corazón saltara dentro de mi pecho de manera extraña.

A veces, antes de besarnos, hablábamos sobre cualquier cosa que hubiera pasado en el día o de lo mucho que estaba comiendo Regina últimamente.

—Si sigue comiendo de esa forma va a ponerse como un cerdo — le dije a Margarita.

Para ese momento, Margarita me permitía acariciarla un poco por encima de su camisón para dormir y me podía acostar con ella en su cama.

—Quizás es porque nunca había trabajado en su vida y ahora que hace un poco de quehaceres del hogar le da hambre.

—No, tú siempre has hecho las mismas cosas y no comes de esa manera. Regina está engordando.

Regina tenía tres meses viviendo en mi casa, así que, a diferencia de Margarita, yo sí distinguía que la chófer estaba subiendo de peso. Margarita solo tenía ojos para mí y nada más, así que me sentía de una manera pletórica. Pese a todas las ideas que me hice de estar con ella por ser de clase baja, la florecita que estaba a mi lado no olía nada desagradable, pero tampoco a perfumes caros.

Su cama olía tan bien como la mía, su pelo y toda ella olía a limpio, aunque no usara perfume, el aroma que ella portaba era del de una planta llamada pachulí, su olor era tan natural

como ella y me gustaba, porque no trataba de impresionarme y siempre se mostraba tal cual era.

Sin embargo, una noche, ocurrió lo que siempre había deseado desde que entré a la habitación de Margarita.

Como cada noche fui a su habitación, puse seguro a la puerta por si acaso a Regina le daba por curiosear que sucedía en las habitaciones de arriba cuando todas nos íbamos a dormir.

Margarita me miró como siempre con esos ojos azules que me recordaban al cielo y al mar. Su anhelo se estaba volviendo el mío y mi deseo, se convertiría en el de ella esa noche.

Nos tendimos en la cama y comenzamos a besarnos como veníamos haciéndolo. Yo era quien iniciaba con aquello y Margarita no era más que barro en mis manos. Debo decir que el tiempo me había pasado muy rápido en el momento en que vine a esta habitación en la que una vela era testigo muda de los besos que Margarita y yo nos dábamos. No entendía el porqué prefería encender una vela, en lugar de la luz de las bombillas, pero me imaginaba que era porque le daba pena que la viera con los labios hinchados y las mejillas sonrojadas, con el pecho subiéndolo y bajándolo por habernos quedado sin aire.

Esa noche no fue la excepción, como la mayoría de las veces, ella estaba debajo de mí y a pesar del tiempo en que llevaba provocándola con mi cuerpo encima del suyo, Margarita era bastante firme en su decisión de no darme aquello, pero yo a menudo lo intentaba. Esa noche volví a tentarla, a provocarla, empleando mi voz más suave y dulce para ella.

—Déjame mostrarte el placer que una mujer brinda a otra — le susurré al oído y le mordía suavemente la oreja —. Quiero hacerte el amor, Margarita — dije mirándola a los ojos.

—Hazme el amor, Elizabeth — su voz apenas fue un murmullo.

Me sorprendió que dijera mi nombre por primera vez, en esta ocasión la señorita había quedado atrás, por fin iba a entregarse a mí y yo moría por descubrir todo lo que había debajo de su camisón de dormir.

La besé en los labios, llevada por la repentina felicidad que me había causado Margarita, no sabía si porque hubiera dicho mi nombre o porque la haría mía, pero seguramente era lo segundo. Deshojaría esa linda flor, una que seguramente solo sería mía.

Margarita se quedó muy quieta una vez que me aparté de ella para comenzar a levantarle lo que vestía de pijama. Para no ponerla más nerviosa, fui deslizando mis manos despacio por sus piernas, hasta llegar a sus muslos, en donde unas piernas blancas quedaban expuestas ante mí y moría por tenerla completamente desnuda para mí. Deseaba arrancarle lo que llevaba, pero de hacerlo, Margarita saldría corriendo y yo detrás de ella, no podía dejarla escapar ahora.

Cuando la dejé completamente desnuda, la contemplé descaradamente y Margarita llevó sus manos a sus partes públicas. Intenté apartarle las manos, pero me detuvo.

—Tú también quítate la pijama — pidió.

— ¿Quieres verme?

—Sí — susurró.

No dudé en desvestirme, para mostrarle mi cuerpo a la mujer que estaba delante de mí, observándome de una manera en la que nadie hasta nunca lo había hecho. A diferencia de mis pechos, los de Margarita eran pequeños, pero no dejaba lugar a dudas de que era una mujer, su vientre era plano y sus costillas se marcaban de manera fascinante.

Una vez que estuvimos en igualdad de condiciones, ella dejó de cubrirse y me permitió mirar, así como yo la estaba dejando a ella. Ahora quería tocarla, ya había sido suficiente de miradas, ansiaba acariciarla, recorrerla por completo y pegar mi boca a sus senos.

Así que, sin dudar, deslicé mis manos por su vientre y Margarita se sacudió. Me deslicé lenta sobre su cálida y suave piel, disfrutando de lo que ocasionaba y lo que me provocaba.

Tomé ambos senos en mis manos y los apreté suavemente, luego llevé mi boca a la suya y la besé nuevamente, para luego descender a su cuello y dejar más besos.

Margarita, que hasta entonces se había mantenido inmóvil debajo de mí, reaccionó y me rodeo con sus piernas y brazos, estrechándome fuertemente contra su cuerpo cálido y firme, de una forma en la que me hizo sentir que era parte de ella, haciéndome experimentar por primera vez que era realmente deseada y que en esta ocasión no tuve que dar nada a cambio para que fuera mía. Margarita se entregaba a mí de corazón, porque me amaba, ella de verdad me amaba y yo, yo no sabía que era lo que sentía por ella.

La besé y me besó. Esta vez no tenía que amar con prisas, disfruté de hacer con ella lo que me dio la gana y ella lo estaba disfrutando, porque cuando llevé mi mano a su sexo, lo encontré mojado y caliente. Me hizo feliz de que se encontrara de esa manera por mí y para mí.

Se hallaba empapada, pero no se puso nerviosa cuando llegué a ese lugar que nadie había explorado. Deslicé un dedo y luego otro lentamente por sus líneas cálidas y resbaladizas, mientras yo no me perdía ni un detalle de las expresiones de su rostro, lo estaba disfrutando tanto o más que yo, así que la masturbé, le mostré lo que mi mano podía hacer por ella.

— ¿Te está gustando, Margarita? — le pregunté, mientras mis dedos frotaban ese pequeño bulto que proporcionaba placer y felicidad.

—Si — jadeo.

Tras su respuesta, no la hice esperar mucho e hice que se corriera entre jadeos, después se quedó quieta, con los ojos cerrados a la espera de que su respiración se normalizara, pero yo no podía esperar a que Margarita se recuperara o a enseñarle cómo darme placer. Así que me monté sobre su pierna y esta se sorprendió ante lo que había acabado de hacer.

—No puedo esperar — fue lo único que le dije.

Así que comencé a deslizarme de arriba abajo en el muslo de Margarita, bajo su atenta mirada. Fui aumentando la velocidad conforme mi necesidad iba en ascenso, hasta que me corrí. Estaba por dejarme caer a un lado para marcharme, pero Margarita me atrajo hacia sí y me abrazó, demostrándome en ese gesto lo que sentía por mí y yo, me abandoné sobre su pecho, a la ternura que me estaba profesando con sus dedos acariciando mis cabellos, recordándome la forma en que mi madre alguna vez lo hiciera cuando era niña y casi me hizo llorar. Porque después de que tenía sexo con cada mujer, nadie tenía un gesto dulce conmigo o me mostraba algún afecto, hasta ahora me daba cuenta de la diferencia que hay entre amar y desear.

Lo que sentí por esas mujeres era deseo y lo que Margarita sentía por mí era amor, por eso es que su manera de tratarme y mirarme eran diferentes al resto. Me quedé junto a ella, no deseaba irme y la situación no era como antes, porque Margarita no tenía que irse, siempre estaba para mí.

Me abandoné a ella y al aroma a pachulí, que se había impregnado en su piel y me provocó inexplicablemente una agradable sensación de relajación y me quedé dormida.

—Elizabeth, despierta — la voz de Margarita sonaba dulce, casi melodiosa en mi oído.

Margarita ya se encontraba vestida y peinada con una trenza para iniciar un nuevo día, sus ojos increíblemente azules, me miraban con la intensidad de siempre. Creo que hasta un poco más.

—Es mejor que regreses a tu habitación, no sea que Regina vea que sales de aquí.

Margarita me dio un beso en la mejilla y yo, con pereza, comencé a salir de debajo de las cobijas y me sorprendí al encontrarme aún desnuda. Como era de esperarse, Margarita me tendió mi camisón y me ayudó a ponérmelo. Me dedicó una sonrisa, para luego besarme en los labios y yo, no hice más que corresponder al gesto como una boba.

Capítulo 15

Margarita

La señorita venía a mí cada noche y nos besábamos un buen rato mientras estábamos tumbadas en la cama. Yo sabía que ella quería más de mí, pero yo temía a que no le gustara mi cuerpo, pues no era tan femenino como el tipo de mujer que a ella le gustaba, ni me bañaba con jabones caros y perfumados, pero sí que me aseaba todos los días y muy bien.

Todas las noches era lo mismo, sus ojos gatunos eran tan curiosos como siempre y sabía que deseaba meter sus manos por debajo de mi camisón, solo que yo la detenía y por suerte, ella no se enojaba conmigo y volvía cada noche para besarnos hasta terminar sin aliento. Sin embargo, una noche, ya no pude contenerme más, la excitación me había derretido como el calor a la cera y no podía seguir negándome a ella, mucho menos cuando me susurró aquellas palabras al oído y me mordió la oreja provocando que me estremeciera de puro placer con aquel mínimo gesto.

—Déjame mostrarte el placer que una mujer brinda a otra — susurró mordéndome la oreja —. Quiero hacerte el amor, Margarita — dijo mirándome a los ojos.

—Hazme el amor, Elizabeth — mi voz apenas fue un murmullo.

En esta ocasión deseaba sentir sus manos sobre mi piel, que me tomara de la manera en que había tomado a aquellas otras mujeres, anhelaba que fuera conmigo con quien se quedara para siempre, pero sabía que ella solo estaba pasando el tiempo conmigo, porque era la única mujer que sabía su secreto y que estaba completamente enamorada de ella como para soportar todo y no se equivocaba.

Pero, al menos, había dejado de lado esa parte desdeñosa de mí al suponer que yo, al ser pobre, apestaba u olía mal. Cuando me besó por primera vez, pensé que no iba a volver, pero lo hizo y ahora, se encontraba levantándose el camisón con toda la calma del mundo, al tiempo que sus manos acariciaban mi piel expuesta y desnuda.

Mi miedo se quedó atrás cuando Elizabeth fue dejándome besos por todas partes y sus manos ahora recorrían mi piel desnuda, la cual se unía a la suya, haciéndome sentir feliz de estarla tocándola de la manera en la que nunca llegué a imaginar. Su perfume me envolvía como la enredadera que se hallaba en la entrada de la casa y mis manos, no perdieron la oportunidad de acariciar su cabello y su espalda.

Esperaba que se quejara o me negara el que la tocara, pero no dijo nada, al parecer estaba de acuerdo en que la acariciara, así que no paré de hacerlo, hasta que una de sus manos descendió a mi zona íntima, abriéndose camino para acariciar mi sexo con sus delgados y delicados dedos, esos dedos que no sabían de trabajo pesado y que tocaban como si fuera un ángel.

Nunca imaginé que de verdad ella pudiera hacerme sentir algo que nunca creí, era posible experimentar. Pero Elizabeth, me llevó a la cima del placer con solo sus dedos y yo no pude hacer nada más que dejarme ir, entregarme a ella y percibir con los ojos cerrados el mundo que hasta entonces era desconocido para mí y Elizabeth me lo mostraba esa noche.

Cuando abrí los ojos, Elizabeth me montó sobre el muslo y comenzó a deslizarse su sexo ardiente y empapado sobre mí. Me estaba cabalgando como si fuera yo un caballo, pero comprendí poco después de que estaba tratando de darse a sí misma placer con una parte de mí y lo consiguió al cabo de unos minutos.

Sentí cómo mi muslo se empapaba de los fluidos de Elizabeth y ella se dejaba caer sobre mí con la respiración agitada y yo, en respuesta, la abracé sintiéndola estremecer aún. Quizás ella no lo sabía, pero en ese instante era la mujer más feliz sobre la tierra y me complacía el que la señorita, hubiera olvidado un momento sus diferencias y me hiciera su mujer. Ahora era suya, así nunca más volviera a tener una experiencia como esa nuevamente con ella, jamás olvidaría lo que me demostró podía sentir con otra mujer y en especial con ella.

Sentí su confusión al instante en que la abracé junto a mi pecho, pero lo hice llevada por un impulso del momento en que la vi de esa manera, entregada al placer. Sin embargo, para mi sorpresa, Elizabeth se quedó junto a mí y no se apartó como lo esperé, así que la abracé más fuerte y nos quedamos en absoluto silencio.

Creo que no había nada que decir, si ella tenía algo que hablar, preferiría que se lo quedara callada esa noche y me lo dijera al día siguiente, en el que mi cuento de hadas llegaba a su fin, porque estaba segura de que la señorita se iría de mi cama en cuanto yo me quedara dormida.

Para mi sorpresa, Elizabeth no se fue de mi lado y yo me quedé dormida sin darme cuenta a la espera de que la señorita se marchara a su habitación, sin embargo, se había quedado dormida junto a mí. Así que yo también cerré los ojos y me dejé arrastrar por la felicidad y la agradable sensación de tenerla a mi lado.

A la mañana siguiente, desperté primero que ella y la contemplé dormir unos momentos antes de levantarme para comenzar a hacer los quehaceres de esta casa, que parecían nunca terminar, así limpiara del diario, siempre hay un lugar en donde volver a limpiar. Cuando terminé de vestirme, decidí despertarla, debía salir de mi habitación, aunque por mí, hubiera deseado que se quedara allí, pero con Regina bajo el mismo techo, resultaba arriesgado.

No la desperté como si fuéramos ajenas, ella la patrona y yo su criada. Si no que le acaricié los cabellos mientras la llamaba por su nombre y cuando abrió aquellos ojos verdes, la besé en la mejilla. Elizabeth no dijo nada, continuó en silencio solo recibiendo lo que yo le prodigaba, incluso cuando le dije que debía irse, como una niña buena, obedeció sin decir nada, algo muy extraño en ella, dada a su personalidad de creerse mejor que los demás y superior a mí.

Se puso de pie y yo le ayudé a ponerse el camisón, luego salió en silencio un tanto adormilada.

Bueno, al menos yo me hallaba diferente, sentía que el día era más bonito y que los pájaros cantaban más alegres que el día anterior. Incluso yo cantaba junto con ellos y me sentía en las nubes, negándome a despertar del sueño en el que me había unido con Elizabeth anoche.

En el desayuno, esperaba que Elizabeth se comportara distante y fría, pero me sorprendió el que sus ojos me miraran apenas llegar al comedor, no lo hizo abiertamente, sino que hizo de manera discreta. Me observaba distinto, no como antes y me puso nerviosa.

Ese día fue raro, porque los ojos de Elizabeth me seguían allá donde yo iba y también iba detrás de mí. Cuando al fin cayó la noche y terminamos Regina y yo de limpiar la cocina, nos retiramos a nuestras habitaciones, pero antes, yo me fui a dar un baño y cuando entré a mi habitación, me asusté al encontrarme con Elizabeth.

Elizabeth caminaba en mi habitación de un lado a otro, pero se detuvo en cuanto me vio entrar. Sus ojos seguían mirándome del mismo modo y tenía pavor de lo que sea que fuera a salir de su boca, pero lo que sucedió a continuación, no me lo esperaba.

La señorita se acercó a mí y quedó de frente, me sostuvo la mirada y por primera vez no supe descifrar lo que había en esos ojos, era una mirada que no había visto nunca. Acercó su rostro y me besó en los labios suavemente, pero sin dejar de mirarme y su insistente mirada, me

obligaba a sostenerle la suya.

Mi cabello estaba mojado y caía suelto sobre mis hombros, pero a Elizabeth no le importó llevar sus manos a él y enredar sus dedos.

—Te estaba esperando — dijo cuándo separó sus labios de los míos.

Nunca esperé escuchar eso, pero me alegró mucho oírlo, porque me daba a entender que ansiaba estar conmigo.

Me tomó de la mano y me arrastró con ella a la cama. Por su acto, esperaba que empezara a desnudarme, pero no lo hizo, simplemente se acomodó conmigo y me abrazó en silencio, mientras la luz de la habitación continuaba encendida.

— ¿Te pasa algo? — le pregunté.

—No ¿Por qué?

—Pareces rara.

— ¿Por qué lo dices? ¿Por qué vine aquí a esperarte?

—Sí, no lo esperaba.

Elizabeth no dijo nada, solo se quedó callada junto a mí, como si fuera malo lo que sentía en ese momento hacia mí. Al final, no pudo evitar ser ella y me mandó a apagar las luces. Se quedaría esa noche a dormir conmigo y yo no me negué.

La carne era débil y yo era mucho más débil cada que la encontraba en la habitación esperándome y aunque no siempre estaba allí para tener sexo, la mayor parte de las noches lo hacíamos, pero una tarde, antes de que Elizabeth se retirara a sus aposentos, me dio una nota que decía lo siguiente:

Te espero en mi habitación esta noche

Como era de esperarse, eso me sorprendió aún más, dado que nunca me imaginé que Elizabeth me quisiera ver en el espacio que solo consideraba suyo. Sin embargo, esa noche, estaba dispuesta a compartirla conmigo.

—Estoy harta de tener que salir demasiado temprano de tu habitación — confesó abrazada a mí, luego de hacer el amor —. Es más fácil que tú salgas de aquí y así yo puedo dormir un poco más.

Sin darme cuenta, me había convertido en su amante, en su mujer, porque cada noche dormía con ella, hiciéramos el amor o no, dormíamos juntas y aquella mirada en Elizabeth continuaba hacia mí, haciéndome sentir especial por primera vez ante sus ojos.

Capítulo 16

Regina

Había recorrido todas las casas de buena posición económica en busca de trabajo, pero en ninguna quisieron aceptarme, ya que todas las que me recibían eran mujeres mayores, que apenas verme una sola vez de pies a cabeza, se daban cuenta por su experiencia de madres, que tú vas a ser una en unos meses y sin miramientos me despedían de la entrada porque decían no les serviría de mucho en poco tiempo.

Así que, por necesidad, tuve que tocar la puerta de la casa de la mujer, de la que, hasta hacía poco, era la comidilla de todo el pueblo, por qué decían que era una desviada pervertida, que hacía que las mujeres jóvenes, realizaran actos que no eran bien vistos ante los ojos de Dios.

Era la única puerta que me quedaba por tocar y cuando lo hice, una mujer joven de ojos increíblemente azules, fue quien me abrió. Por un momento creí que era la dueña de la casa, pero al ver la manera en que se dirigía a mí, me hizo saber que era la única criada que le quedaba y solo porque había sido comprada.

Aun así, noté que llevaba un bonito vestido y cuando me llevó delante de la dueña de la casa, me di cuenta de la manera un poco rara y peculiar en la que ellas se hablaban. Pero me causó más gracia, el ver cómo la criada de ojos azules la convenció para que me quedara y me diera techo y comida, luego de que pasara la prueba de manejo. Me alegraba que mi capricho de aprender a conducir, me sirviera ahora para poder sobrevivir.

—Espero te encuentres cómoda — me dijo Margarita, cuándo me llevó a la habitación que ocuparía.

Observé la habitación con desdén, no me podía creer que mi padre me hubiera corrido, pero al menos tendría dónde comer y pasar las noches.

—Eso espero — le respondí — ¿Son tus cosas? — quise saber cuándo la vi tomar los vestidos de un viejo baúl de madera.

—Sí, pero ya me los llevo para que no hagan estorbo.

— ¿Es cierto lo que dicen de tu patrona?

— ¿Qué dicen? — preguntó mirándome a los ojos de manera recelosa.

—Que es una perversa desviada a la que le gustan las mujeres y que por eso nadie quiso trabajar con ella luego de que sus trabajadores se fueran.

—Si vas a hablar mal de la persona que te va a dar de comer y tener bajo su techo, será mejor que te vayas. Si vas a quedarte, no deberías hablar de esa forma — me dijo de manera tranquila, pero dejándome ver lo que sentía por Elizabeth.

— ¿Eres su amante? — pregunté con malicia, aunque sabía cuál sería su respuesta.

—No soy su amante — dijo firmemente mirándome a los ojos para que no me quedara duda.

— Entonces, ¿Por qué te quedaste? ¿Por qué la defiendes de esa manera?

—Porque, al igual que tú, no tengo a dónde ir y ella no es tan mala. No creas en todo lo que te dicen.

—Ya el tiempo dirá si es verdad lo que dices.

Yo, continúe observándola y la estaba inquietando mi manera de mirar.

—Tú no eres como yo ¿Por qué dejaste tu vida de niña rica? — quiso saber de repente.

—Por enamorarme de quien no debía.

—Parece que el amor hace que algunas personas no tengan el poder de pensar cuando se enamoran — dijo.

—No es eso, lo que pasa es que le crees a todo lo que dice ¿Nunca te has enamorado?

—Claro que sí, pero no he llegado a ese punto de estupidez. Además, de quien me he enamorado jamás se fijará en mí.

— ¿Es de clase alta?

—Sí.

—Esos son los peores — expresé con rencor —. Me enamoré de un hombre que era casado y me engañó diciendo que era soltero.

Mis ojos comenzaron a llenarse de lágrimas, al tiempo en que mis manos las volvía en un puño llena de rabia, por haber sido tan tonta al creermelo todas aquellas bonitas palabras que me decía, ahora entendía que solo las decía al viento.

—Mi padre se enteró y me corrió de la casa.

—Lo siento mucho — dijo Margarita con sinceridad.

—El muy cobarde nunca dio la cara, se escondió como la rata que es.

Tras nuestra breve charla, Margarita salió de la estancia y me dejó sola. Me alegraba el que la engreída “señorita Elizabeth” ni la boba de Margarita se hayan dado cuenta de que estoy en cinta. Las pobres carecían del conocimiento que las otras mujeres mayores tenían y eso jugaba a mi favor. Al menos por un tiempo.

Cuando Margarita me vio vomitar la primera vez, la engañé diciendo que había comido algo en mal estado y se lo creyó. Mientras que Elizabeth, se confiaba de todo lo que le dijera Margarita, así que la mestiza, era quien la debía de mantener contenta para que la otra no me echara de la casa.

No obstante, Margarita me aconsejó, que debía de ayudarla con algunos deberes si no quería que Elizabeth me despidiera, ya que ella mejor que nadie sabía cómo podía llegar a ser la patrona cuando se ponía de malas y sí, sí que solía ponerse de malas o bien comportarse caprichosa y Margarita sabía perfectamente cómo satisfacer cada uno de ellos.

No sé cómo es que la soportaba, porque por momentos solía ser insufrible y me di cuenta con el paso de los días de que solo le hacía eso a Margarita, era como una manera de llamar su atención y alejarla de mí. Eso se me figuraba a celos, como a una especie de posesión para demostrar que la mestiza solo era de ella y de nadie más.

Lo que me causaba gracia, es que las dos sentían algo por la otra, pero Margarita sabía que no era el tipo de persona que podía declarar su amor a una mujer como Elizabeth y esta otra, por su parte, su orgullo y estatus de mujer de clase alta, jamás se permitiría estar con la mestiza. Se ensuciaría su linaje y le daría un lugar a una criada que no merecía.

Pero lo que yo percibía personalmente, es que las dos estaban enamoradas la una de la otra, tanto, que ni siquiera prestaban atención de los síntomas que padecía o de lo que pasaba a su alrededor.

Por lo tanto, quién sabe cuándo Elizabeth se atrevería a seducir a la tonta e inocente de Margarita, que babeaba por su patrona y trataba de complacerla en todo. A pesar de su arrogancia, Elizabeth había tenido ciertas concesiones para conmigo y Margarita, pero todo fue porque la mestiza se lo pidió y el enamoramiento hace uno que otro milagro, solo esperaba que este demorara lo suficiente para que mi embarazo no fuera descubierto por ellas y Elizabeth no me echara de la casa antes de que la criatura naciera.

Días después de que Margarita ocupara una habitación allá arriba, noté que algo extraño comenzó a ocurrir entre ellas.

De lo primero que me di cuenta, fue que una mañana, Margarita estaba distraída, algo muy raro en ella, dado que siempre mantenía todo en orden y ese día todo se le escapaba de las manos. Otra cosa de la que me percaté, fue de que Elizabeth, por primera vez, desviaba su vista continuamente hacia la mestiza mientras estábamos desayunando.

Margarita no sabía cómo comer con cubiertos, ella solo sabía de cuchara y nada más, pero después de ese día, en el que se dio cuenta de que Elizabeth la miraba como boba, la mestiza vino a mí, para que le enseñara a comer con cubiertos. Sabía que solo deseaba aprender para no verse mal a los ojos de su patrona, la cual percibía, estaba más que enamorada de la mujer que hacía todo por ella.

Lo que pudo haber pasado más allá de las escaleras, podía imaginármelo cuando Margarita llegó una mañana a la cocina con una marca en el cuello. Yo conocía perfectamente ese tipo de huellas, pero al parecer, Margarita ni siquiera era consciente de lo que había en su piel y yo sí, así que disimuladamente, le acomodé el cuello de su vestido para que Elizabeth creyera que yo no había visto nada y así conservar mi vivienda en su casa. No obstante, la patrona llegó en ese momento, descubriendo mis manos en la mujer que no debía tocar y su mirada hacia mí en todo el día, fue del más puro veneno.

Tras aquella marca, Margarita y Elizabeth intentaron fingir que nada ocurría entre ellas, pero lo que hicieron fue hacer más fehaciente su relación. La mirada que la patrona dirigía ahora a Margarita era diferente, era una que ya no demostraba indiferencia, sino que ahora era una de amor y era tanta su ansia de quedarse a solas con Margarita que me mandaba a buscarle cualquier cosa, con tal de que las dejara a solas.

Una noche, mi curiosidad, me llevó a caminar en el pasillo de las criadas, solo para saber si lo que sospechaba era cierto, así que decidí seguir a Margarita una vez que terminó de bañarse. Subió las escaleras y en lugar de entrar a la que se suponía era su habitación, se coló a la de Elizabeth y la conversación, en lugar de dirigirse como patrona y criada, fue una de completa igualdad y complicidad.

Luego de escuchar lo suficiente, me retiré, ya había confirmado mis sospechas y tenía el secreto con el que poder chantajearlas si Elizabeth decidía correrme de la casa. Con lo que sabía de ella, tenía la permanencia asegurada. Solo esperaba que surtiera efecto.

Para mi suerte, las pobres estaban muy embebidas de su secreto romance, que ni siquiera me prestaban atención. Había comenzado a vomitar por las mañanas y perdido el apetito un tiempo, pero después comencé a comer más de la cuenta y tanto Elizabeth como Margarita, eran ignorantes a mi nuevo estado.

Conforme las semanas fueron pasando, el vientre se me iba abultando y mi ropa ya no comenzaba a quedarme, empezaba a apretarme y lo que Elizabeth me pagaba por ser su chófer, no era mucho, se excusaba diciendo que ya me daba techo y comida, que lo que conducía yo era poco, para que le exigiera un pago más elevado.

Por supuesto que, a mí, un sueldo de criada se me hacía poco, porque antes había estado acostumbrada a la opulencia, pero ahora, era tan igual de pobre que Margarita, que parecía feliz de no tener nada ni nadie. Quién, por cierto, hasta hacía poco, me había contado que fue vendida por su madre y padrastro, al padre de Elizabeth, cuando era aún una niña.

Sin duda, historias como la de Margarita no eran la única, muchas mujeres eran vendidas a hombres para convertirlas en sus esposas con o sin su consentimiento y yo, en este momento de mi vida, consideraba que lo que me había hecho mi padre era igual de aterrador que venderme a un completo desconocido por dinero.

La gente vivía de apariencias, por eso es que el secreto de Elizabeth me serviría de

chantaje y me lo creería la gente, pues sería muy raro que Margarita fuera la única criada fiel que se quedara a lado de la mujer, se decía, era tan perversa como el diablo.

Las semanas continuaron pasando y mi vientre comenzaba a crecer un poco más cada día, por eso me vi en la necesidad de fajarme, era la única manera en que no se me notara el que había engordado. Sin embargo, me había vuelto más lenta y me cansaba más rápido, por suerte, Margarita no era alguien exigente pese a saber que tenía el favor de la patrona, ella continuaba tan humilde y sencilla como siempre.

El romance entre ellas parecía seguir tan o más intenso que en un principio en que lo noté. Continuaban tratando de fingir ante mí que no eran nada, cuando realmente lo eran todo, incluso, Elizabeth me había pedido que le enseñara a manejar a Margarita y no me pareció mala idea, pues yo, en determinado momento no podría hacerlo. Una vez que diera a luz y ellas descubrieran mi secreto, no sabía que iba a ser de mí.

Para mi gran sorpresa, Margarita resultó captar a la perfección lo que le enseñaba, nunca pensé que fuera tan inteligente, quizás eso era lo que Elizabeth había visto de ella y lo que la atrajo de su criada de ojos azules. En menos de lo que pensé, Margarita aprendió a conducir y cuando las tres salimos a dar la vuelta con ella al volante, me di cuenta de lo orgullosa y feliz que se encontraba Elizabeth, de que su amante fuera quien manejara su auto.

Aunque su felicidad no era la mía, porque ahora que mi embarazo estaba por llegar a su fin, sentía muchas ganas de ir al baño por las noches, los pies comenzaban a hincharse y las caderas me dolían al igual que los pechos. Lo único bueno que había en mi situación, es que las ingenuas de Elizabeth y Margarita, ni siquiera sospechaban o se imaginaban lo embarazada que estaba.

No obstante, una tarde, comencé a sentirme mal, sabía que había comenzado con el trabajo de parto y que en cualquier momento la fuente se rompería y comenzaría a dar a luz. Sin embargo, durante la cena no comí como lo venía haciendo últimamente, solo probé unos cuantos bocados, porque el dolor que empezaba a sentir, no me dejaba siquiera sentir apetito, así que me puse de pie para retirarme a mi habitación, pero al hacerlo, algo escurrió de entre mis piernas, asustándome y mi reacción, hizo que Elizabeth se diera cuenta de lo sucedido, bajando la mirada hacia dónde yo había llevado la mía.

—Pudiste haberte retirado antes — dijo molesta poniéndose de pie, mientras me miraba con asco y repugnancia.

— ¿Qué pasó? — preguntó Margarita poniéndose de pie alarmada por el repentino cambio de humor de su amada.

—Esta que se ha meado aquí mismo.

Iba a decir algo, pero un dolor atravesó mis caderas y lo que hice fui gemir. Margarita corrió hacia dónde yo estaba y Elizabeth, me miró esta vez con ira por hacer que su amante se preocupara por mí.

— ¡Como no me di cuenta! — exclamó Margarita mirándome casi con horror —. Vas a dar a luz.

— ¡Que! — exclamó Elizabeth —. ¿Qué dices?

Capítulo 17

Elizabeth

—Que va a tener un bebé — me informó Margarita.

— ¿En dónde carajo metió la panza? — dije y dirigí mis ojos a Regina que ahora había cambiado de color.

—Una faja — fue lo único que pudo jadear mientras se doblaba de dolor.

— ¿Sabías algo Margarita?

—No, señorita — me respondió mirándome a los ojos, para tratar de apaciguar mi enojo.

—Por eso tu padre te echó a la calle, estas preñada del infeliz que te vio la cara de estúpida y te dejó sola con toda la responsabilidad.

— ¡Por favor, señorita! — me pidió Margarita tratando de ayudar a Regina para que se dirigiera a su habitación.

— ¿A dónde la llevas?

—A sus aposentos para ir a buscar una partera.

—No la vas a llevar a ningún lado, se va a la calle por mentirosa.

—No puedes hacer eso.

—Claro que puedo.

Margarita se acercó a mí y me miró con esos ojos suyos de la manera en que sabía que no le podía negar nada, pero esta vez no estaba dispuesta a ceder, el engaño era el engaño y ya había pasado por muchos.

—Eso sería inhumano, Elizabeth.

—Las mentirosas como ella no merecen compasión.

— ¡Por favor, Elizabeth!

—Haz lo que quieras — le dije y abandoné el comedor.

No podía creer que Regina nos hubiera ocultado el que estaba esperando un hijo y que fuera capaz de fajarse el vientre para ocultar la vergüenza por la que su padre la corrió. Regina se iría de la casa apenas diera a luz a ese niño. Ya no la quería aquí y ya no la necesitaba, Margarita ahora sabía conducir y era nuestro momento de vivir en esta casa solas y a nuestra manera.

Cuando me encontraba dando vueltas en la biblioteca enojada por lo que estaba pasando, Margarita entró corriendo a la habitación pasado algunos minutos

—Voy a salir a buscar una partera.

—Yo no la voy a pagar — le advertí.

—Está bien, Elizabeth.

—Es que no es mi responsabilidad — dije mirándola a los ojos para que me entendiera, pero sabía que a ella eso no le importaría.

—Lo sé y tampoco la mía. Pero somos mujeres y me da pena no ayudarla, la pobre está sufriendo mucho.

—Pero bien que disfrutaba cuando lo estaba haciendo la muy zorra.

—No lo hizo por zorra, sino porque se enamoró y al igual que tú la engañaron, entonces ¿tú también eres una zorra?

— ¡No me compares!

—No las comparo, pero lo que le sucedió a Regina fue lo mismo que a ti, creyó en lo que él le dijo.

—Fue estúpida.

—Y tu también.

— ¡Basta, Margarita! No quiero enojarme contigo por alguien que no es nada nuestro.

—Entonces ayúdame, no lo hagas por ella, sino por mí.

Odiaba cuando decía eso, porque ella a diferencia de las demás, no me pedía dinero, ni joyas, ni estaba interesada en mis negocios o cuanto ingresaba cada mes. Para Margarita eso no era importante, lo que a ella le interesaba es que yo durmiera con ella, la abrazara por las noches y que cuando hacíamos el amor le dijera te amo al oído, aquella palabra que una vez dije de mentira, pero, que ahora cada que la decía era la mera y pura verdad.

— ¿Qué quieres que haga? — cedí a su petición.

—Quédate con ella en lo que yo estoy de regreso con la partera.

—De acuerdo.

Y entonces sus ojos azules que en un principio me habían mirado tan fríos como el hielo, se suavizaron y antes de marcharse me dio un beso en los labios.

—Gracias — dijo antes de salir por la puerta de la biblioteca.

Sin más remedio, tuve que ir a donde una Regina parturienta se quejaba y se lamentaba por sus cinco minutos de pasión, que ahora sin la venda que le fajaba la panza, se veían los nueve meses de hinchazón.

—Veo que te convenció tu amorcito — me dijo la muy estúpida pese a lo que estaba padeciendo.

—No sé de qué hablas — dije haciéndome la desentendida.

—No te hagas tonta. Yo sé bien que tú y Margarita son más que simples amantes, no me mires así.

—Eres una puta zorra, por eso es que estas así.

—No voy a decir nada, si no me corres de tu casa.

—Ya lo veremos.

—Estoy segura de que ella te convencerá, así como lo hizo para que vinieras acompañarme.

— ¡Deja de aprovecharte de ella! — espeté enojada.

—Al parecer, la señorita de clase alta se ha enamorado de una criada mestiza.

—Por lo menos, he encontrado a alguien que me ama de verdad — le restregué en la cara.

—Pero no me engañas, en un principio solo querías jugar con ella, pero tu juego te ha salido mal y te has terminado enamorando de ella.

— ¡No es cierto!

—No lo niegues, tu y yo somos iguales.

—No lo somos, no fui tan estúpida para que me gustaran los hombres y me dejaran preñada cada dos por tres. No nací para ser gobernada por ellos.

—Pero sí que Margarita lo hace.

—No lo hace.

—No, por supuesto que no lo hace al modo de un hombre. Ella utiliza su encanto de mujer contigo.

Iba a responderle en ese momento, cuando Margarita y la partera entraron a la habitación. De inmediato, la comadrona se acercó a verla, le levantó las nalgas y se sumergió de bajo de ellas.

—Creo que la criatura está a punto de nacer — hizo saber la partera.

Yo me sentí un tanto mareada por la situación y salí dejándolas a las tres ahí, no me interesaba mirar como Regina traía una vida a este mundo. Aun así, esperé en la cocina y vi a Margarita llevar agua y paños. Minutos más tarde, podía escuchar a una Regina pujar y quejarse. La situación volvió a llenarme de nervios y me fui a la biblioteca.

Aunque tomé un libro para leer, no me concentré para nada en la lectura, pues los minutos seguían pasando y ahora Regina tenía más de dos horas intentando dar a luz. Por otro lado, me molestaba el que Margarita estuviera con ella, estaba celosa, pero sabía que mi amante se encontraba allí porque era de corazón noble.

Me había enamorado de ella porque era todo lo contrario a mí, Margarita era un balance perfecto en mi vida y sentía que yo hacía lo mismo en la de ella. Descubrí que lo que antes pensé que era amor, no lo era, así como tampoco lo que había visto en los ojos de mis amantes lo era, simplemente era deseo, poder y ambición. Yo representaba para ellas un medio y nunca me di cuenta de eso antes, hasta que Margarita me demostró con su amor, paciencia y cariño, lo que es amar a una persona de verdad.

Estaba pensando en ella, cuando la puerta de la biblioteca se abrió de golpe y miré a la mujer que amaba entrar con lágrimas en los ojos. Asustada, fui a su encuentro, me abrazó y entre sollozos me dijo:

—Regina murió — sollozó.

— ¿Que dices?

—Que murió dando a luz.

—No puede ser — murmuré abrazándola —. ¿Que ha tenido?

—Un niño hermoso ¿Que vamos hacer?

—Buscar a su padre para que se haga cargo de su hija y de su nieto.

—Pero ni siquiera sabemos quién es.

—A puesto que la partera debe saber algo.

Salí de la biblioteca con Margarita detrás de mí y al entrar a la habitación, miré el cuerpo ahora sin vida de Regina y sentí algo raro en el estómago. No podía creer aun que se hubiera muerto, hacía tan solo unas horas había estado chantajeándome sobre nuestro secreto y ahora, se había ido al mundo de los muertos, dejando solo a su hijo.

La matrona tenía al recién nacido en brazos, mientras nos miraba a la espera de alguna decisión.

— ¿Porque ha muerto? — le pregunté.

—A veces ocurre, supongo que no se cuidó.

—Se la pasó ocultando su embarazo con vendas.

—Supongo que pudo haber sido eso.

— ¿Sabes quién es su padre?

—Sí, es Don Alfredo Palacios. Vive a las afueras y la corrió porque supo que estaba embarazada de un hombre casado ¿No saben los chismes que hay en el pueblo sobre ella?

—No, poco salimos — respondí.

Aunque intuía que la matrona se sabía todos los chismes de todos, incluso el mío, solo que intentaba fingir que no sabía nada. Antes de pagarle por su servicio, le pedí las indicaciones de cómo llegar hasta la casa de Alfredo Palacios, necesitaba ir esa misma noche, para hacerle saber la noticia de su hija muerta y de su nieto.

— ¿Que vas a hacer? — me preguntó Margarita una vez que la matrona se fue y nos quedamos solas, solo con un niño recién nacido.

—Vamos a ir a ver a ese tal Alfredo.

— ¿Cuando?

— Ahora mismo.

— ¿Ahora?

— Sí, ahora.

— Pero y ¿Regina?

— Ella ya está muerta, no le va a pasar nada más de lo que ya le ha sucedido, solo llevémonos al niño.

Pese a sus reticencias de dejar el cuerpo sin vida de Regina en nuestra casa, Margarita se hizo detrás del volante y yo con el niño en brazos. Cuando la mujer que amaba me vio con el bebé cargando, no pude evitar sentirme cohibida por la forma en que me miraba, así que me hice la desentendida y subí al coche.

Margarita condujo como si tuviera años haciéndolo y me sentí cómoda viajando ella y yo, solas por primera vez, bueno, casi solas, el pequeño por lo menos se mantenía quieto aún.

Seguimos las indicaciones de la partera y llegamos a casa de Alfredo, era una casa igual o más grande que la mía. Bajamos las dos del coche y le entregué de inmediato el bebé a Margarita, pues ya me había cansado los brazos y una vez libre del recién nacido, me dirigí a tocar la puerta.

Tuvimos que esperar unos instantes antes de que una criada viniera a abrir y nos hiciera pasar. Habíamos corrido con suerte, porque Alfredo Palacios, se encontraba allí.

— Buenas noches, señoritas ¿Que se les ofrece? — preguntó al llegar.

— Lamento decirle que no somos portadoras de buenas noticias — le dije y él nos miró con más curiosidad.

— ¿Vas a decirme que ese niño es hijo de alguno de mis hijos varones? — su pregunta sonó a burla y sarcasmo.

— Sí, es su nieto, pero no es hijo de alguno de sus hijos y mucho menos mío.

— No entiendo — se mostró confundido.

— Este bebé que traemos es el de su hija Regina, que murió esta noche dando a luz y como sabemos que ella es de su sangre, hemos venido aquí para entregarle a su nieto y se haga cargo de darle cristiana sepultura a su hija.

— ¡Ese bastardo no es mi nieto! — exclamó con los colores subiéndole al rostro.

— ¿Que ha dicho señorita? — la voz de la mujer de Alfredo se escuchó en la estancia sorprendiendo a todos ante su silenciosa llegada.

— Que este niño que mi doncella trae en brazos, es su nieto — dije señalando a Margarita.

— ¿Y porqué lo traen ustedes? ¿En dónde está mi hija? — preguntó la mujer intentando encontrar a Regina en alguna parte de la casa.

— Señora, lamento darle la mala noticia de que su hija murió dando a luz a la criatura.

El rostro de la mujer se desfiguró inmediatamente por el llanto. Luego de sollozar un momento con las manos tapándose la cara, habló.

— ¿En dónde está su cuerpo?

— Está en mi casa, por eso los he venido a ver, para que le den cristiana sepultura a su hija y se hagan cargo del niño.

— ¿Porqué estaba en su casa? — indagó la mujer.

— Le di trabajo como chófer y me ocultó su embarazo, fajándose con vendas.

La mujer volvió a soltar un sollozo y luego se acercó a su marido, dedicándole una mirada suplicante. Alfredo la miró como quien observa a un perro y yo detesté la manera en que

las mujeres dependían de los hombres.

—Le daré cristiana sepultura a tu hija, pero yo no me haré cargo de ese bastardo — escupió las palabras con desprecio.

—Lleva nuestra sangre — le dijo ella.

— ¡Es nuestra vergüenza! Hagan lo que quieran de esa criatura — dijo dirigiéndose a mí —. Bótenlo, désenlo a los perros para que se lo coman, si lo desea. A mi no me importa.

— ¿Cómo puede ser tan cruel? — habló Margarita luego de mantenerse callada durante tanto tiempo.

— ¡Maldita criada! ¿Quién te crees para hablarme de ese modo? — vociferó Alfredo, quien se dirigía con visible ira en los ojos hacia Margarita, dispuesto a desquitar su enojo con ella, pero yo me interpose. Nadie jamás ante mi presencia la tocaría. Nadie. Tal vez para ellos no era nada más que una simple criada, pero para mí, lo era todo.

—No se atreva a tocarla, su enojo no tiene por qué ser desquitado con ella.

El hombre furibundo, se alejó y nos dio la espalda.

—De inmediato mandaré por el cuerpo — dijo.

Eso indicaba la despedida, así que, sin ceremonias, salimos de aquella casa.

— ¿Que vamos a hacer con el niño? — me preguntó Margarita cuando nos acercábamos al coche.

—Dejarlo por ahí.

—No podemos hacer eso.

—No es nuestro problema.

Entonces, ella se detuvo y me miró reprobatoriamente. Ya lo había visto venir, pero esa era la verdad, el niño no era nuestro problema.

—No me mires así — le dije.

—Eres muy cruel ¿A caso no sientes ternura al verlo? — intentó convencerme mirando al bebé con ojos de borrego a medio morir.

—No, ni siquiera lleva mi sangre.

— ¿No podemos quedárnoslo?

—Vámonos, no quiero discutir esto aquí — la apresuré.

Muy a mi pesar tomé a la criatura en brazos y ella me miró de esa manera suya en la que se imaginaba muchas cosas que yo, no podía darle o al menos, esta petición que anhelaba no era posible y no podía concederla.

—Deja de mirarme así y mira bien el camino — le dije luego de algunos minutos de regreso a casa.

—Me gusta cómo te ves.

—Pues yo, me siento ridícula.

En algún momento, la criatura comenzó a llorar y no se callaba con nada, seguramente tenía hambre.

— ¿Para eso quieres un bebé? Para que se la pase llorando todo el día — me quejé.

—Debe de tener hambre.

—Tu y yo no podemos darle pecho, es ilógico que quieras quedarte con él.

—Hay otras maneras de darle leche.

—No, Margarita. No. Es un niño bastardo.

Y entonces, dije algo que no debí haber dicho. Morderme la lengua hubiera sido lo mejor, pero ya lo había soltado y los ojos de Margarita se clavaban en mí, reflejando dolor en ellos y yo me sentía terriblemente mal.

—Yo también soy una bastarda — dijo orillándose en el camino para mirarme —. Soy algo peor que eso, soy una aberración, si mi madre hubiera querido, me hubiese asfixiado para que muriera y no le recordara su desgracia.

—Discúlpame, yo no lo decía por ti — susurré.

Margarita arrancó y no volvió a decir nada, pero yo me estaba volviendo loca con los berridos de la criatura y por su silencio.

Capítulo 18

Margarita

Nunca me imaginé que Regina estuviera embarazada, solo pensé que había engordado un poco por comer de más, jamás pensé que ocultara que llevaba un hijo en su vientre. Pasó demasiados meses ocultándolo, tanto que su parto se complicó. Miré lo mucho que sufrió para dar a luz y tristemente perdió su vida al dar la de su hijo.

Fui corriendo a buscar el refugio de Elizabeth y lo encontré de inmediato, porque ella ahora era diferente conmigo, ya no era la mujer arrogante, ni pretenciosa. Ahora, la señorita, me trataba con amor y me miraba de la manera en que deseé lo hiciera desde que me enamoré de ella. Sus ojos verdes gatunos me fascinaban cada día más y se me hacía imposible no perderme en ellos cada noche cuando nos encontrábamos a solas en su habitación, que ahora era la mía también.

Cuando le di la noticia de que Regina había muerto se puso más blanca de lo que era, pero poco después fingió mostrarse indiferente y me acompañó al cuarto en donde la ahora difunta, había dado a luz para averiguar con la partera si ella sabía algo sobre quien era su padre, para hacerle saber la noticia de que su hija había muerto y que debía hacerse cargo del niño que parió.

El recién nacido, era un bebé precioso, rosado y lleno de vida, pero sin una madre quien lo cuidara, así que me enamoré de él de inmediato, porque me hizo recordar a mis hermanos, aquellos que cuidé hacía muchos años cuando era niña y que hacía mucho no sabía nada de ellos, ni ellos de mí. Quizás no me recordaban, pues eran muy pequeños cuando fui vendida y ahora, no me interesaba verlos, era mejor que me hubiesen olvidado, porque en mi nueva vida, la relación que yo tenía con Elizabeth nunca sería bien vista.

Yo no quería dar el bebé a nadie, pero Elizabeth me hizo conducir hasta la casa de Alfredo Palacios, para hacerle saber la mala noticia y entregarle su nieto. Dijo que nadie mejor que él para que cuidara y criara a su propia sangre, pero el hombre en cuestión se negó a aceptarlo como alguien de los suyos y lo llamó bastardo. Me dio coraje que lo llamara de esa forma, la pobre criatura no tenía la culpa de los errores de sus padres, él era puro e inocente en ese momento, un angelito el cual ya me nacía quererlo, aunque no fuera nada mí ni llevara mi sangre, así que no podía entender cómo es que su abuelo podía ser tan cruel para no sentir nada por él.

Lo que me sorprendió más, fue el que Elizabeth me defendiera del posible golpe que Alfredo Palacios iba a propinarme por meterme en la conversación de los patrones. Sin duda, era un hombre arrogante y soberbio, pero se había topado con la horma de su zapato, aunque para ser sincera, la señorita había cambiado mucho y me gustaba aún más que antes.

Al verla actuar de ese modo, una vez que salimos de la casa de aquel hombre, pensé en que podría convencerla en quedarnos con el niño, pero Elizabeth estaba renuente y no cedía, aunque a mí me parecía lo más tierna y dulce verla cargar a la criatura. Ella decía sentirse ridícula, pero a mis ojos no era de ese modo, al contemplarla, sentía que podíamos ser una familia, no obstante, Elizabeth no parecía verlo de esa manera.

—Deja de mirarme así y mira bien el camino — me dijo luego de algunos minutos cuando estábamos de camino a casa y yo insistía en mirarla.

—Me gusta cómo te ves.

—Pues yo, me siento ridícula.

Luego de un rato, la criatura comenzó a llorar, Elizabeth intentaba calmarlo cantándole y meciéndolo en sus brazos, pero no se callaba con nada, seguramente tenía hambre o se había hecho del baño.

— ¿Para eso quieres un bebé? Para que se la pase llorando todo el día — se quejó desesperada al ver que seguía llorando.

—Debe de tener hambre — le dije, aunque no le mencioné que probablemente había hecho sus necesidades porque seguramente lo botaría por la ventana del coche.

—Tu y yo no podemos darle pecho, es ilógico que quieras quedarte con él.

—Hay otras maneras de darle leche.

—No, Margarita. No. Es un niño bastardo.

Y entonces, de su boca que amaba besar, escapó algo que no esperé dijera. Una expresión que yo aborrecía, porque me recordaba la manera en que el marido de mi madre me lo decía y me lo recalaba a diario, haciéndome sentir demasiado culpable por haber nacido. Cuando se dio cuenta del error que acababa de cometer, se quedó callada con la cabeza baja.

—Yo también soy una bastarda — le dije orillándome en el camino para mirarla —. Soy algo peor que eso, soy una aberración. Si mi madre hubiera querido, me hubiese asfixiado para que muriera y no le recordara su desgracia.

—Disculpame — murmuró mirándome a los ojos llenos de arrepentimiento.

No le respondí nada y arranqué de nuevo. Elizabeth no volvió a decir nada, pero sabía que se estaba volviendo loca con los berridos de la criatura y por mi inusual silencio.

Cuando llegamos y bajamos del auto, le quité el niño de los brazos y entré a la casa para revisarle el pañal. Una vez que estaba limpio, volví a dónde Elizabeth.

—Cúidalo un momento, por favor — le dije entregándoselo.

— ¿Que vas a hacer? ¿A dónde vas? — me preguntó confundida al tiempo que tomaba al niño.

—Voy por un biberón — fue lo único que le dije, pues seguía molesta con ella y mientras continuara de ese modo, Elizabeth haría cualquier cosa.

Tal vez me aprovechaba de ella, pero nunca de la manera en que lo hicieron los demás, lo que yo hacía con Elizabeth era distinto, pero lo hacía porque había actuado mal y a modo de redimirse conmigo, haría todo lo que le pidiera.

Quizás no estaba bien imponerle un bebé, pero algo en mí me decía que eso de sentirse ridícula solo era una fachada. Cuando me vio comprar panes para los niños que pedían dinero en la calle, ella, sin que yo le pidiera o dijera algo, comenzó a imitar mi acción y podía ver su rostro de satisfacción cuando un niño le sonreía y le daba las gracias. Así que sabía que Elizabeth no sería tan descorazonada en dejar ese niño botado en algún lugar solitario de la ciudad, pero si me equivocaba, dejaría realmente la casa que por años había sido mi hogar, para tener que comenzar en uno nuevo.

Cuando volví con el biberón, algunos hombres se encontraban sacando el cuerpo de Regina para llevarlo donde su familia para que la velaran y le dieran sepultura.

Elizabeth seguía batallando con el bebé, pero me alegraba que no lo hubiera aventado por la ventana de la segunda planta de la casa. Una vez que herví la leche y la enfrí un poco, fui a donde ella para quitarle el tormento que llevaba en brazos. Lo tomé en mi regazo y le di la mamila, el pobre, comenzó a chupar con ansias, moría de hambre y me dio tanta ternura, que me le quedé mirando con tristeza de que no hubiera tenido la oportunidad de conocer a su madre.

Entonces, sentí la mirada de Elizabeth sobre mí. Como siempre, su mirada me quemaba

como el fuego, como el sol y yo no pude evitar dirigir mi vista hacia ella.

—Por favor, Elizabeth, quedémonoslo — le pedí una vez más, olvidándome de que dijo que el bebé era un bastardo.

—No — respondió cuidadosamente.

— ¿Porqué? ¿Porqué es un bastardo?

—No, no es por eso, Margarita.

— ¿Entonces?

—Porque no es nuestro hijo, no lleva ni tu sangre ni la mía.

—Si es eso, podemos tener uno que lleve tu sangre o la mía y quedarnos con este.

—No, jamás me acostaría con un hombre solo para tener un hijo y tampoco permitiría que tú lo estuvieras ¡Eso jamás! — respondió muy segura.

—Si es así, quedémonos con este.

— ¡No!

— ¡Pues yo si lo quiero! — dije decididamente —. Y como tú no lo quieres, me iré de tu casa.

—Pues has lo que quieras. Si quieres ser madre a través de ese niño, yo no te voy a detener.

Nos miramos fijamente a los ojos la una a la otra, ambas a la espera de que una cediera a la otra, pero ninguna de las dos estaba dispuesta a hacerlo.

—No voy a criar a un niño que no es mío.

— ¡Pues me voy de la casa!

—Has lo que quieras — dijo con un hilo de voz mientras sus ojos luchaban por no dejar escapar lágrimas.

Le estaba doliendo aquella decisión, pero tanto ella como yo, habíamos tomado nuestras decisiones y aunque la quisiera con toda mi alma, no iba a negarle a ese niño la oportunidad de crecer por lo menos en un hogar donde tuviera techo, comida y no sufriera. Al menos que no fuera como yo y todos aquellos niños que pedían en la calle por un pedazo de pan. Quizás no fuera una mujer rica y aunque él perteneciera por ambas partes de familia de clase alta, su destino por ser el producto de una relación clandestina, lo condenaba a ser despreciado.

Con mi corazón herido, por la rotunda negativa de Elizabeth, subí a mi habitación con la criatura una vez que terminé de alimentarlo, para comenzar a recoger mis cosas. Sin darme cuenta, ella me había comprado más ropa de la que pude imaginar y ahora, no sabía en dónde ni como llevarla. Tendría que dejarla y llevármela después.

En una manta, coloqué lo más importante y bajé las escaleras, al pie de ella, se encontraba Elizabeth esperándome.

— ¿De verdad vas a preferir a ese niño que a mí? A mí de la cual has estado enamorada desde hace mucho tiempo.

—Tu ego por delante como siempre.

— ¿Vas a tirar lo que hemos construido por eso? — dijo señalando al bebé.

—Te amo, pero quiero ser madre y él necesita una.

—No te das cuenta de que es algo sin sentido lo que haces.

—Entonces, cuidémoslo juntas. Piensa en cuando seamos viejas tu y yo y no tengamos a nadie ¿Quién va a ver por nosotras?

—Ese niño es algo al azar, no sabes si llegará a hacer adulto o si va a agradecernos el que lo hayamos cuidado y dado amor.

—Pero y ¿Si es bueno?

—¿Y si no lo es?

Fastidiada por su negativa retomé mi camino.

—No te vayas, no cometas un error — suplicó.

—Ya sabes mi deseo, nunca te he pedido nada. Mi amor por ti siempre ha sido sincero, pero hay excepciones a veces.

Con un nudo en la garganta, la dejé allí donde estaba y salí de la casa, sintiendo que algo dentro de mí se rompía, pero sabía que ella se doblegaría luego de una o dos semanas. Elizabeth no podría sobrevivir sin mí, aunque yo sin ella podría hacerlo perfectamente, pero admitía que me sentiría incompleta, porque a pesar de su insoportable manera de ser, me amaba y la amaba. Había cambiado por mí, de eso no me cabía duda, pero de vez en cuando, como el día de hoy, salía ese lado oscuro que por mi dejó de lado.

Capítulo 19

Elizabeth

No se detuvo, por más que le pedí que se quedara.

La Margarita que conocía con harapos había cambiado, mi amor la había cambiado y su amor lo hizo conmigo. Odiaba lo que estaba haciendo conmigo, porque me conocía como a la palma de su mano y yo conocía la de ella.

La Margarita que deshojé, continuaba floreciendo y mostrándome la vida. Ella sabía que no podía estar más de dos días sin ella. Me estaba haciendo un chantaje, lo sabía, uno muy cruel, pero no es que no quisiera cuidar de un niño, lo que me daba miedo era no ser una buena madre, por así decirlo.

Es cierto que antes no había tenido ese deseo, pero cuando vi a Margarita con el bebé en brazos, sentí algo extraño, pero al mismo tiempo, me dio miedo que esa criatura recién nacida me quitara la atención y el cariño de la mujer que amaba. Hasta ese momento, yo había sido el sol y el centro de todo su universo, pero con un niño, ella dejaría de tratarme como lo venía estado haciendo y nuestra relación, se convertiría como la mayoría de los matrimonios de parejas aburridas, que terminan odiándose y amargados uno con el otro.

Y, sin embargo, a pesar de mi negativa, Margarita se había ido. Sentí un nudo en la garganta cuando la vi cruzar la puerta con un hatillo en la mano y la criatura atravesada en la espalda como llevaban las criadas a sus hijos para que no les molestaran a la hora de hacer su quehacer y se mantuviera callado.

Quería dejarla que se fuera, pero solo sufriríamos las dos y yo no quería sentir ni soportar lo que estaba padeciendo en ese momento cuando la vi cruzar la puerta y cerrarse detrás de sí. Lo que pensé que solo sería un juego, ahora me tenía sufriendo. Ella era lo único que tenía en mi vida y la amaba de una manera que daba miedo, ese mismo que experimentaba ahora que la había perdido de vista.

Así que, sin pensarlo más, dejando mi orgullo y por amor, corrí hacia la puerta para no dejar dar un paso más a Margarita. Mi vida estaba a su lado y si el destino había dejado ese niño en esta casa y en nuestras vidas, lo tomaríamos como nuestro.

Margarita estaba por salir a la calle, cuando la detuve sujetándola del brazo.

—No te vayas — le pedí una vez más —. Sabes bien que sin ti no podría vivir, subsistir. Cuidemos a ese niño como nuestro, le daré mi apellido o le pondremos el tuyo, como quieras. Entiende que tengo miedo de no ser una buena madre y de que dejes de quererme.

—Pero quien nace sabiendo ser madre y yo no voy a dejar de amarte.

—No vas a irte ¿Verdad?

—No.

—Odio que me conozcas tanto y que me chantajees de esta manera.

—Es que, si no lo hago, no reaccionas.

Margarita

Elizabeth vino a mí, mucho más rápido de lo que pensé, me asombró que hubiera dejado su orgullo de lado en segundos, eso me demostraba que me amaba más de lo que imaginé, quizás había sido mala al hacerle algo así, pero era la única manera que tenía para hacerla reaccionar.

Me enterneció escuchar decirme que temía a que dejara de quererla, pero yo estaba segura de que eso jamás pasaría. Nunca me acostumbraría a otro lugar ni a otra persona que no fuera ella, pese a todo lo que era Elizabeth, la amaba y sabía que ella también me amaba de la misma manera.

Nuestras diferencias al final de cuentas, terminaron siendo solo una capa fina de hielo que se rompió en cuanto Elizabeth me besó por primera vez y ahora, estábamos empezando una nueva historia en la que esperaba, nuestro amor, perdurara hasta la vejez.